

# El Ruedo



2  
Ptas

JAAVEDRA



Algabeño (padre)



# El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 28 de noviembre de 1946 - N.º 127



**E**STA fotografía, que nos llega por mediación de la agencia Cifra-gráfica, recoge un aspecto de la nueva Plaza de Toros de Méjico en la corrida de inauguración de la temporada, celebrada el pasado día 10 de este mes de noviembre.

Al contemplarla, la primera observación que cabe hacer es que son exactas las informaciones que de allí nos llegan, expresivas de que el público se ha retraído y ha dejado de ocupar las localidades bajas, que son, lógicamente, las más caras. Consecuencia explicable de una desorbitación en los precios de las entradas, que es revalorización o desvalorización, según se quiera entender.

El caso es que todos cuantos elementos intervienen en la fiesta son a lamentarse de este hecho, de que el problema económico pueda llegar a asfixiarla; pero ninguno se decide a ser el primero en ofrecer una buena prenda de que su propósito de abaratarla es sincero. Y así, en vez de ser todos a una, la realidad es la de todos contra todos. Ahora en Méjico, como antes en España, el problema está ahí, vivo, palpante, invitando al examen de conciencia.

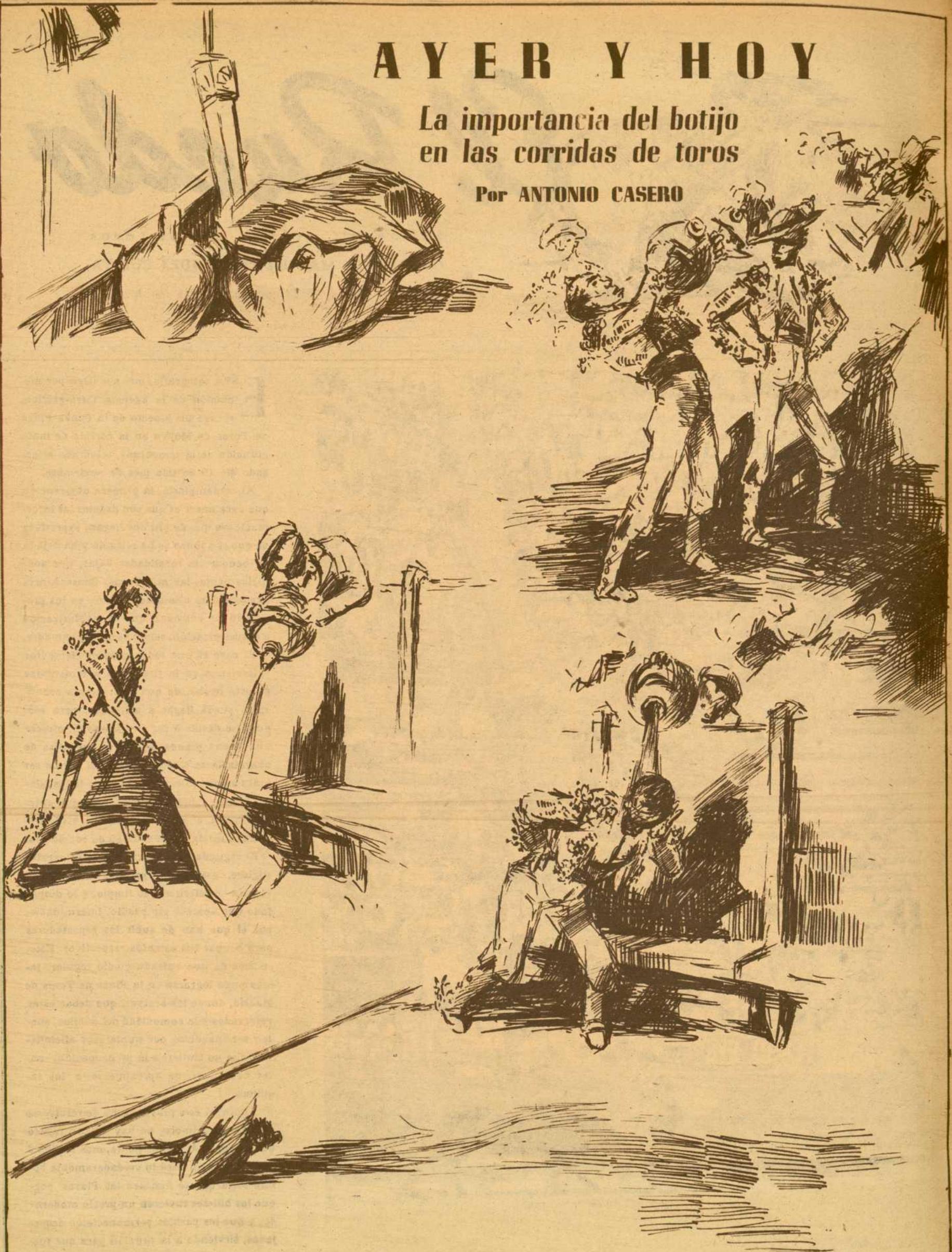
El segundo comentario que la fotografía sugiere, casi puede resultar innecesario. Habría de referirse a lo limpio, a lo despejado que aparece ese pasillo, interminable, por el que han de subir los espectadores para ocupar sus asientos respectivos. Esto, en días de una entrada medio regular, jamás pudo lograrse en la Plaza de Toros de Madrid, donde los accesos, que deben estar reservados a la comodidad del público, suelen ser invadidos por numerosos aficionados que no sintieron la preocupación, «antes de entrar», de aproximarse a las taquillas.

Ahora, si este problema ha de resolverse a costa del primero, no hay ningún reparo que oponer. A menos gente, más facilidad para colocarse. Pero lo verdaderamente bonito sería que se llenasen las Plazas porque los billetes tuviesen un precio moderado, y que los pasillos permaneciesen despejados, sirviendo a la función para que fueron destinados. Para ser pasillos y no localidades de extra perlo...

# AYER Y HOY

La importancia del botijo  
en las corridas de toros

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO #

# EN SEVILLA HAY YA AMBIENTE DE TENTADEROS

**Para don Emilio Fernández,  
conocedor del toreo  
por dentro, la fiesta de toros  
ha llegado a su más complicada  
situación económica**

**¡Esta es la cantera!**

HE aquí un sevillano, sincero y conocedor del toreo por dentro, a quien no le duelen prendas y sabe poner las cosas en claro y en su sitio. Don Emilio Fernández ha conocido en dos temporadas escasas todos los pequeños secretos de la Fiesta. De ellos nos habla, con ese grafismo, tan expresivo y claro, propio del fino hablar de los sevillanos. Don Emilio ha recorrido toda España, ha visto corridas en casi todas las Plazas españolas, ha organizado espectáculos taurinos en pueblos andaluces, ha toreado en tentaderos, y, en suma, es un aficionado de carácter activo, para quien esos secretillos de la Fiesta ya no constituyen un secreto inabordable.

—Creo —nos ha dicho— que el año próximo puede empezar el resurgimiento del toreo. La Fiesta ha llegado a su más complicada situación económica y, dentro de las exageraciones a que ha llegado, no puede ni sostenerse ni subsistir. El año próximo —nos insiste— va a despejarse todo este tinglado y, como es lógico, a favor del público, a favor de la afición...

Las preguntas surgen en nuestra charla rápida copiosamente. Las ideas de don Emilio Fernández son claras, terminantes, muy bien digeridas. Le preguntamos:

—¿Es difícil ser apoderado?

—La organización de la Fiesta, en todos sus aspectos, no es ningún teorema concienzudo. Ni como empresario ni como apoderado. Usted, por ejemplo, tiene un torero y lo lleva a una Plaza de máxima categoría. Los «sabios» le dicen alarmados: «Está osté loco». Si triunfa, esos mismos «sabios» le dicen muy seguros: «Ya lo sabía yo. No había más que verlo». Habla usted de llevarlo a Madrid y le dicen: «Primero debe torear catorse novillás por esas Plazas de por ahí». Usted les dice «Pero, ¿dónde están esas novilladas?» Y entonces, le dicen: «Tiene osté razón. Debe triunfar bien en Madrid y luego lo demás se hace solo». Las Empresas que primero le huyen, le esperan en la estación cuando vuelve con el torero ya con alguna aureola. Quiero decir con todo esto, que el toreo, en cuanto a su técnica, está lleno de camelos y cuentos, de fantasías y de presunciones... Y la verdad es que nadie sabe nada. El que sabe es el toro y el que da o quita es el toro a solas con



Don Emilio Fernández pasea por Sevilla con nuestro colaborador Paco Montero

Don Emilio Fernández  
(Fot. Arenas)



aficionado jerezano nos proponía para llevar el toreo a su verdadera situación expresiva de ahora. Creía este aficionado de Jerez que, así como los toreros poseen su «fundón de espás», deben poseer también su «fundón de pitones» y llevar en él los cuernos, que deben prenderse, con unas correas especiales, a la testuz de cada toro. Sería un éxito grande y, tal vez, disminuyendo el riesgo tanto, las corridas del año próximo podrían costar sólo cinco o seis duros más cada entrada.

Ya en Sevilla hay ambiente de tentaderos. Toreros y aficionados sueñan con cazar noticias en los alrededores de Gayango o Los Corales. Cuando ya «lo saben», a pie, en bicicletas, en camiones, como pueden, van a las fincas y suben a las tapias de las placitas, sobre las que sueñan esos casi imposibles sueños de quienes tienen, como un relámpago ilusionado, el hábito y la gloria de ser toreros de cartel. Cuando cruzamos ante ellos, nos saludan algunos, amables:

—Esta es la cantera. Porque aquí hay muchos chiflados; pero también pueden estar los que hagan algo nuevo. Que ya nos vamos cansando también un poco de lo que hay. ¿No cree?

Dejamos el centro de Sevilla. Este centro donde muy pocos encuentran posibilidades para sus aficiones y se quedan, inéditos, ignorados, silenciosos, en un perpetuo invierno de olvidos. Y sobre nuestra charla, quedan las palabras de nuestro conversador:

—La Fiesta tiene que salvarse con los nuevos valores.

**PACO MONTERO**

el torero. Si éste sirve, el apoderado también sirve. Si no sirve, nada queda por hacer. Esto es, claro y terminante, el único secreto, la única verdad.

Gira ahora nuestra conversación hacia otros temas en los que el señor Fernández hace una rápida historia de sus años de aficionado. Abonado siempre a la Maestranza, concurre además a todas las ferias de los alrededores. Ha presenciado, en números redondos, casi 500 corridas de postín. ¿A qué se reduce, de manera concreta, toda esta película taurina de su vida de espectador inagotable? He aquí su respuesta:

—Yo prefiero el toreo sevillano. Casi podría reducir todas estas corridas a un solo momento: un quite de Chchicuelo, hace tres años, en la Maestranza. Eso no volverá a hacerse más. Se lo llevó Manolo a su casa de la Alameda y en paz.

—¿Cuál ha sido —le preguntamos— el momento de mayor indignación o mayor tristeza como aficionado?

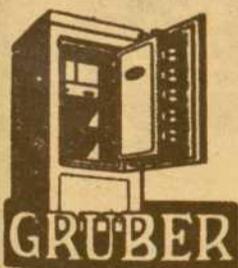
Piensa unos instantes don Emilio y nos responde así:

—En la corrida de la Vejez del Torero del año pasado, aquí en Sevilla. Toreaban Arruza, Gitaniño y Montani. Recuerdo que se inutilizó un toro de Guardiola, y en vez del sobrero le echaron al mejicano el segundo de Montani, después de muchos conciliábulos, cálculos de probabilidades, idas y venidas entre barreras, de los directores administrativos de Arruza. Y en efecto: Carlos pudo con el de Montani, y Montani no pudo con el de Guardiola... ¿Le parece poco?

Don Emilio Fernández habla ahora del año próximo, y nos dice que, si se proponen, en firme, prestarle ayuda a los que empiezan, ganaderos, toreros y empresarios, la Fiesta puede salvarse.

—Pocas oportunidades como ésta de ahora. Hay que tener en cuenta que las crisis se salvan fomentando la novillería. No veo otro medio. Aquí podríamos citar a muchos que se dedican a la desagradable tarea de explotar a los nuevos, para exprimirlos, y luego... Pero, ¿resolveríamos nosotros solos el problema?

Mientras don Emilio expone estas ideas que puede garantizar la continuidad de la Fiesta, nosotros recordamos algo, realmente ingenioso, que un buen



ANTES DE COMPRAR  
UNA CAJA, PIDA  
CATALOGO A LA  
FABRICA MAS  
IMPORTANTE DEL  
RAMO

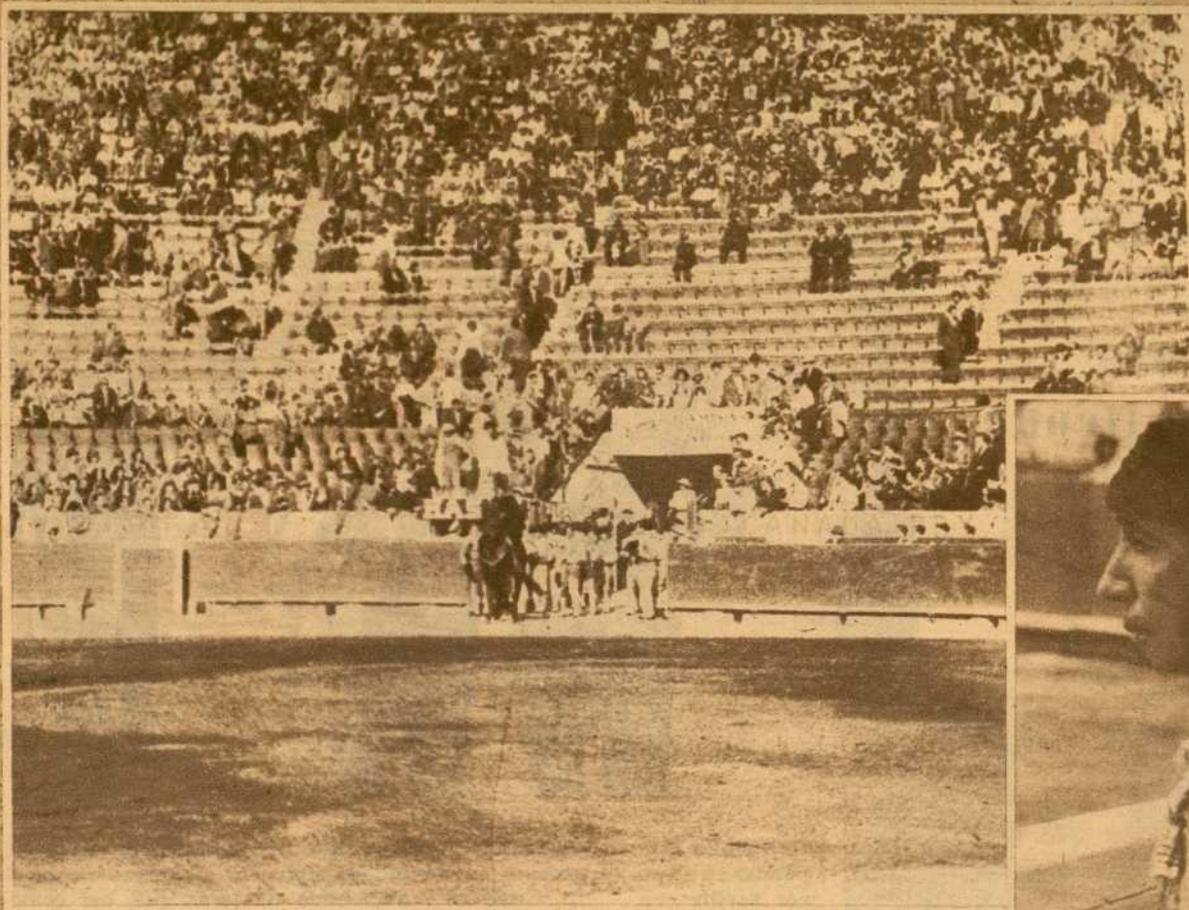
ARCAS GRUBER  
S. A.

BILBAO

SUCURSAL EN MADRID: FERRAZ, 8

# LA TEMPORADA

Reportaje gráfico de la corrida de inauguración, celebrada el domingo día 10 de este mes de noviembre



Recogemos en este reportaje, que nos facilita la prestigiosa agencia Cifra-gráfica, la corrida de inauguración de la temporada en la nueva Plaza de Méjico. Muchas localidades bajas permanecieron desocupadas como una protesta contra la elevación de los precios que fijó la Empresa. — Salen las cuadrillas



Armillita y Domingo Ortega, ambos al final de su historia taurina, esperan la salida de los toros de don Carlos Hernández, de Rancho Seco, que fueron, según las referencias, seis bueyes de carreta. La autoridad impuso al ganadero una multa de cinco mil pesos



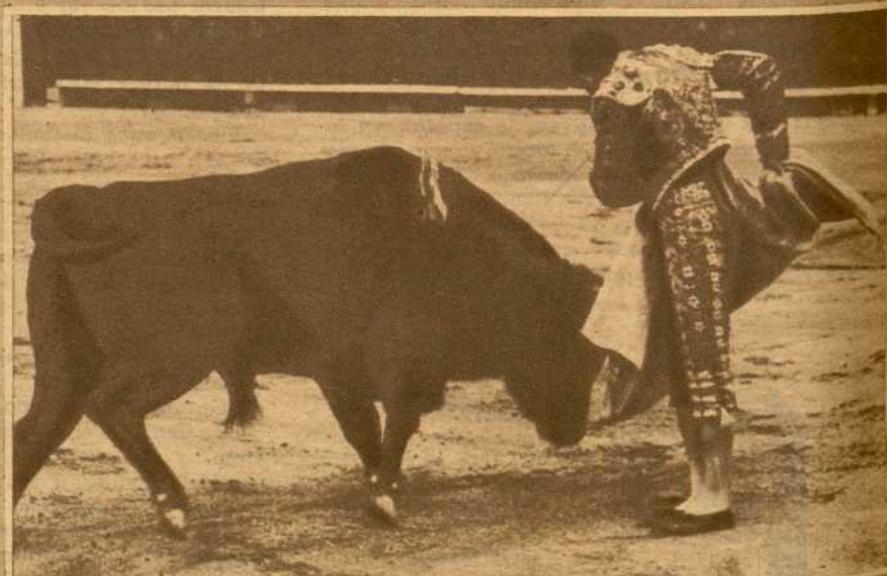
Porque éste ya deja mucho que desear. Armillita no logra hacerse con el de Rancho Seco...



... y le entra a matar con bastantes precauciones y varias veces, por lo que la presidencia hubo de enviarle un aviso



Y cuando el toro ya está dominado, Ortega recurre a su adorno favorito del pase de rodillas tirando del pitón



El tercer matador fué Antonio Velázquez —que aquí en Madrid pasó sin pena ni gloria—, y fué, según la crónica, aplaudido, pues estuvo valiente y «empeñoso»

# TAURINA EN MEJICO

ARMILLITA, DOMINGO ORTEGA y ANTONIO VELAZQUEZ lidiaron seis toros de Rancho Seco. La Plaza no se llenó, como protesta contra la elevación del precio de las localidades



En este otro momento se estira en un lance con los pies juntos. Uno de los pocos detalles buenos que se observaron en la corrida



El veterano Fermin Espinosa no tuvo precisamente una buena tarde. Parte, sin duda, por la mansedumbre del ganado; pero él estuvo mal. Aquí se dispone a poner al toro en la suerte de varas



El molinete ha salido apretado. El de Borox no pierde de vista los pitones del de Hernández



Domingo Ortega, sin hacer cosas extraordinarias, fué el que salió mejor librado. Aquí aparece dando un muletazo con el temple del que tuvo y retuvo y guardó...



... y algunos pases de muleta buenos, como este que recoge la fotografía (Reportaje Mejico D. T. Cifra-gráfica)



Para él, para Velázquez, fué la ovación más cálida de la tarde, para premiar un primoroso quite toreando de frente por detrás...

## EL PLANETA DE LOS TOROS

### Los toreros y su indumentaria



**E**L matador de toros Carlos Vera (Cañitas) se ha casado. Vistió para la nupcial ceremonia traje corto, negro, con camisola de chorreras. Le envió mi doble enhorabuena. Por su matrimonio y por su traje corto. Ustedes lo habrán visto en las fotografías. ¡Estaba mal Cañitas con su chaquetilla bien cortada, con su sombrero ancho de buen aire, al lado de su esposa, trajeada de blanco, con su vestido de novia? Que me perdonen los del chaquet y la corbata de plastrón. ¡Estaba elegantísimo! ¡Bravo, Cañitas; así se casan los toreros! ¡Bravo, Cañitas; así se visten los toreros!

Porque todo hay que decirlo. Los toreros actuales, en su afán de asefioritarse, lo que han hecho es acursilarse de una manera lamentable. Y el caso es que a casi todos les da por la elegancia; vamos, por lo que ellos se figuran que es la elegancia. Van por ahí hechos unos pinceles. Antes, en cuanto un novillerito ganaba las primeras pesetas, se compraba un brillante; ahora, se encarga cinco trajes, todos los calcetines que puede, zapatos que ¡para qué!, camisas de seda —cuanto más cruda, mejor— y corbatas detonantes. Y ya es feliz.

Fué el propio Juan Belmonte quien me contó esta anécdota suya: Estaba el gran torero pasando una temporada en una finca de campo cercana a Córdoba. Una mañana tuvo que ir a la capital. Montó en el automóvil tal como estaba vestido: chaqueta inglesa, a cuadros, larga, pantalones también ingleses, de montar, y polainas de cuero. Cubría su cabeza un sombrero tirolés. De esta guisa se presentó en el Club Guerrita. No había apenas socios. Estuvo un ratillo. Bebió una caña de manzanilla y se marchó. Pero tuvo curiosidad por saber los comentarios que, indudablemente, habría provocado su extraña indumentaria, y comisionó a un amigo para que se enterase. En efecto, cuando llegó Guerrita preguntó:

—¿Ha "venío" alguien de fuera?

Y uno de los socios, presente durante la estancia de Juan Belmonte, contestó:

—Sí; aquí ha "estao" un ratillo un "aviaor".

Juan Belmonte, torero y hombre genial, puede permitirse estas travesuras. Pero los toreros, en general, harían bien en alejarse del señoritismo banal. En mostrar en todo momento su orgullo de clase. En aspirar a no confundirse con la uniforme multitud. En ser toreros antes que señoritos.

Ya hasta en las faenas camperas se presentan vestidos con prendas rarísimas: con esas especies de blusones holgados, con su cremallera y todo, entallados más abajo de la cintura, que son horribles y que ni a los actores de cine les sientan bien.

Fué allí, al pie de la campana señorial de la casona salmantina de San Fernando, hace dos o tres años, a la hora del desayuno se presentó un famoso torero de estos días embutido en uno de esos antiestéticos blusones. Don Antonio Pérez Tabernero, irreprochablemente vestido de corto, le preguntó:

—¿Adónde vas así vestido? ¡Pero si vamos a tentar unas becerras, no a rodar una película!...

—¿Qué cosas tiene usted, don Antonio!

—Mira, tú eres un gran torero; y los toreros siempre se han vestido de corto para torear en el campo.

—Pues ya verá usted cómo se puede torear bien así vestido. ¡Qué más da!

—No; no da lo mismo. ¿No te das cuenta que el ser torero es una cosa muy seria? ¿Que un torero no es un hombre como los demás? ¿Que todos los que vivimos alrededor del toro, por el toro y para el toro, debemos guardar una tradición y una ceremonia?

—Pues sus toros salen bravos, no porque usted se vista de corto, sino porque...

—No sigas. Salen bravos, porque voy vestido de corto; salen bravos, porque les dedico mi vida entera; y por esto, por el orgullo de ser ganadero, como lo fué mi abuelo, El Cojo de Cántinos, me visto de corto; me visto para andar entre ellos, y créete que si me vistiera con una blusa como ésa no me sentiría yo tal y como soy, y no podría criar toros bravos.

Entonces asentí con todo entusiasmo a estas palabras, que ahora traslado casi textualmente, porque me impresionaron hondamente. ¡Sí, querido y admirado Antonio Pérez Tabernero; tienes razón! Hay que tener el orgullo de lo que se es. ¿Torero? ¡Pues torero en la Plaza y fuera de ella!

Entonces, ¿que resurja el calañés y las chaquetillas de terciopelo, granate o verde, y el pantalón abotinado, indumento de Frascuelo? Confieso que ello sería mi ideal. No se me oculta que es imposible. Pero de eso a un gabán con trabilla, hay mucha distancia. No aspiro a que el torero actual se vista a la moda antigua; mas también me parece fuera de lugar el que los toreros se disfrazen de señoritos en ciertas y determinadas ceremonias. ¡No, amigos míos! Airear un poco la torería por esas calles. Que las gentes se vuelvan y digan: "¡Ahí va un torero!", y no tener que descubrirle a través del antifaz de las gafas negras y de unas americanas cruzadas, sin una arruga, y de unos zapatos de ante. ¡Chaquetillas cortas, sombreros anchos, botas enterizas! ¡Un torero, señor!

¡Bravo, Cañitas! ¡Enhorabuena, Cañitas!

ANTONIO DIAZ-CARABATE

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

**S**E advierten en los medios taurinos, mientras se consume sin grandes impacencias el ocio forzoso del invierno, inesperadas preocupaciones. "Esta temporada —escuchamos— habrá toros gordos y cinqueños". La frase va, inevitablemente, acompañada de un gesto expresivo de molestia. También se oyen, en cuanto la ocasión es propicia, frases de alarma al hablar de los precios que alcanzarán las localidades. No faltan quienes suponen que los diestros todos, cada uno en su clase, tendrán que cortar y recortar, a la hora de fijar sus respectivos honorarios, si quieren vestirse



de luces para un discreto número de corridas. Y conste que muchos interesados son los que piensan y hablan así, con preocupación justificada, pues temen verse obligados a cobrar menos cuando precisamente se anuncia la salida a los ruedos del toro gordo y cinqueño.

De un golpe, dicen, por ahora al menos, que se podrán conseguir en la próxima temporada esas dos aspiraciones expresadas en largas e intensas campañas: el TORO y un precio discreto para las localidades.

—¿Cuál de estos dos puntos —pregunté hace pocos días a un diestro— interesa más al público?

—Sólo el de los precios —me respondió, preocupado.

Durante uno de los precios permanecimos los dos callados, como buscando razones a la escueta contestación que excluía del interés del público nada menos que al toro.

—El toro —continuó entonces, como si de pronto hubiese cazado el hilo de sus pensamientos— sólo nos interesa y preocupa a nosotros. Aparte el riesgo, el miedo y cuánto podamos sentir sencillamente como hombres, el toro es para nosotros, como toreros, el instrumento único que hemos de utilizar para la pública diversión, y... no sé cómo explicarme.

—Creo que vas bien —intervine—. Vas a decir que el toro gordo y cinqueño no sirve para divertir al público de nuestro tiempo.

Exactamente. En la mayoría de los casos, no en todos, desde luego, con toros de tal naturaleza no pueden hacerse esas faenas apretadas que ahora se estilan, a base de pies quietos y juego de brazos y muñecas. Los aficionados madrileños han podido verlo en esta última temporada en más de una ocasión. Un diestro tan cuajado y completo como es Pepe Bienvenida toreó magistralmente en casi todas las faenas que esta temporada realizó en Madrid. Tocaba sabiamente los toros, los doblaba por uno y otro lado con magníficos ayudados por bajo, en los que las rodillas eran para sus enemigos más celo aún que la muleta. Aprovechaba el instante preciso para estirarse, clavar los pies en la arena, y entonces, con la mano que le era posible, la derecha o la izquierda, según las condiciones de su enemigo, que él había descubierto antes, daba los pases que podía dar, con mando absoluto, con dominio, con suavidad, con temple... Después, fatigado y jadeante el toro, reservón tras de los tres o cuatro pases de los que salía bien burlado, el diestro tenía que recurrir de nuevo a utilizar sus piernas en los ayudados por bajo para encelar al desengañado bicho y poderlo igualar para matarlo con brevedad siempre y muchas veces con algo más que aseó: con valor y con arte. Sólo en una ocasión apuntó y dió bajo, muy bajo; pero aun en esto estuvo bien, porque de otro modo... aquel toro acaso hubiese tenido que volver al corral. Y eso, antes tan frecuente, ahora no se estila.

—Bien —pregunté—; y, ¿dónde vas a parar?

—Pues voy a parar a que el público no se divirtió, y que gran parte de él se enfadó con Bienvenida. Y, sin embargo, nada tan cierto como que con los toros grandes y cinqueños no puede hacerse, en general, otra cosa. Y voy a parar, por fin, a decir que con tales toros, aunque todos los diestros seamos capaces de repetir las faenas de Pepe Bienvenida, el público se aburrirá y no irá a las Plazas, aunque las localidades sean más baratas que en la última temporada.

Y este resultado —concluyó el diestro, tras una pausa—, después de haber doblado nuestro riesgo y reducido a la mitad nuestros honorarios, es lamentable.



Pepe Bienvenida

## LA MUTUA TAURINA DE PREVISION DE LOS TOREROS COMICOS

*El Bombero torero, iniciador y fundador de la entidad.-Inauguración de los locales y la clínica.-Cuatro lidiadores bufos murieron a consecuencia de heridas o lesiones producidas en el ruedo.-PABLO CELIS cuida su forma física como si fuera boxeador o futbolista.-Por lo general, los toreros cómicos no son hombres jóvenes*



Pablo Celis



Llapisera

LA Mutua Taurina de Previsión de los toreros cómicos tiene, desde el pasado domingo, domicilio social y clínica en la calle de Lope de Vega, número 6.

La ayuda que el Sindicato Nacional del Espectáculo y el Ministerio de Trabajo han prestado, sin regatear esfuerzos, ha hecho posible el funcionamiento de esta Mutua, que un día no lejano era sólo un proyecto del as del torero cómico Pablo Celis, el Bombero torero. Esta ayuda, el desinterés del doctor don Aurelio Molero y el tesón de Pablo Celis, harán que la obra benéfica, iniciada ya con esperanzadoras realidades, llegue pronto a convertir la Mutua en una obra ejemplar.

Por el Ministerio de Trabajo se ha dictado una disposición por la que se establece que las Empresas satisfarán la cantidad de cincuenta pesetas por función, en que actúen toreros cómicos, destinadas a la Mutua. Cada socio abonará la cuota mensual de diez pesetas y otras tantas por corrida toreada. Con estos ingresos y los que proporcione algún festival benéfico, se podrán atender las obligaciones de la entidad. Por ahora, la Mutua cuenta con treinta y cuatro socios en Madrid y otros tantos en provincias.

La necesidad de esta Mutua queda demostrada con sólo recordar que cuatro toreros cómicos han fallecido a consecuencia de heridas o lesiones ocasionadas por becerros en corridas bufas. Recientemente, se ha atendido hasta su total curación, al torero cómico Lerín, que sufrió una grave lesión en un ojo en el festival celebrado a beneficio de la entidad.

El pasado domingo, como queda dicho, se inauguraron las oficinas y la clínica de la Mutua. La clínica funcionará dirigida por el doctor don Aurelio Molero, hombre generoso que presta su valiosísima colaboración en excepcionales condiciones.

Pablo Celis no ha regateado esfuerzo en servicio de esta obra que imaginó y ha creado. Conocida la negativa del Montepío de Toreros a que los lidiadores bufos ingresaran en tal entidad, creyó el

as de los toreros cómicos que era posible la creación de la Mutua, y calladamente inició su obra. A mediados del próximo diciembre, Celis emprenderá, acompañado por Luichi, viaje a Colombia. Va contratado, en condiciones que dicen muy alto de la generosidad de su empresario, por Andrés Gago. Pero la Mutua ya está en marcha. Durante la pasada temporada se dieron dos festivales a beneficio de la entidad. El de la Plaza de toros dejó un beneficio de 7.000 pesetas, y el del cine Bilbao, 2.400. El resto, hasta 19.000 pesetas, que la Mutua tiene en un Banco, Celis sabe cómo se ha recaudado.

Seguramente son los toreros cómicos los lidiadores que más precisan del apoyo de una entidad benéfica. La inmensa mayoría han de ponerse a trabajar en cualquier actividad tan pronto termina la temporada. El torero bufo, si produce grandes ingresos, es cosa que saben los empresarios. Ningún lidiador se ha hecho rico cultivando tal especialidad. Casi todos los toreros cómicos han pretendido ser toreros en serio, y cuando deciden cultivar esta faceta del toreo ya no son jóvenes. A todos les costó mucho tiempo renunciar a sus

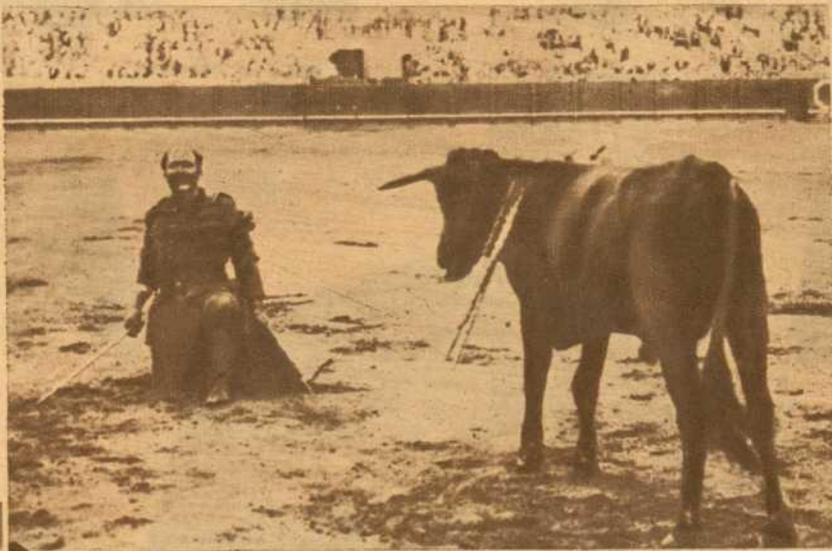
ilusiones. Celis, a sus cuarenta y seis años, es uno de los toreros cómicos más joven de España.

El Bombero torero es santanderino. Trabajaba como tramoyista en un teatro cuando vió por primera vez una charlotada. No le pareció difícil aquello que vió en el ruedo y decidió probar. Tenía veinticuatro años, se encontraba muy ágil y fuerte y se decidió. Al principio, le cogían muchas veces los becerros, pero no tardó en aprender a sortear el peligro. Porque peligro hay, aunque los espectadores crean otra cosa, ya que no siempre toorean becerros los toreros cómicos. En ocasiones han de lidiar toros enanos, y éstos rara vez mueren sin antes haber cogido. Lo importante —en el toreo cómico como en el serio— no es el tamaño de la res, sino su edad. Celis, por ejemplo, ha sufrido seis cornadas graves. Y no cuenta los golpes, porque el toreo cómico sin caídas, volteretas y revolcones no interesa al público, y por ello hay que dejarse coger y hacer gestos graciosos después de recibir un trastazo, aunque el trastazo duela y tenga luego consecuencias.

El torero cómico, como el deportista, no puede descuidar su adiestramiento ni su forma física. El ejercicio que hace en los ruedos es violentísimo. El Bombero torero, por ejemplo, ha de pesar, para encontrarse en buenas condiciones, ochenta quilos. Si pesa más, no se encuentra con la agilidad necesaria, y si menos, está débil y se fatiga pronto. Pablo Celis, en visperas de su viaje a América, ha puesto en marcha la Mutua Taurina de Previsión de los toreros cómicos, y ha prometido a sus compañeros de profesión ocuparse de la entidad a su regreso, con el mismo entusiasmo que puso en fundarla.

Que su estancia en Colombia sea abundante en éxitos artísticos y económicos, y a su regreso se conviertan en realidad todos los proyectos que forjó en beneficio de los toreros cómicos españoles. ¡Buen viaje, Pablo Celis!

BARICO





Una mayor abundancia de años, pasada la época de sequía y pocos pastos, está dando gran animación este año a los herraderos. Aquí están estos años, de una ganadería salmantina, preparados para la «prueba del fuego»



No, como se ve, sin asistencia. Hay que asir fuertemente por las astas al elegido, mientras los demás se apelonan, atemorizados. Esta estampa se repetirá muchas veces en los campos salmantinos



El vaquero acabará por derribarlo, usando de todos sus recursos de viejo conocedor de las costumbres de las reses. Las cosas de la práctica que en el campo tienen su valor



Ya en el suelo el becerro, hay que atarle las patas, a fin de mantenerle tumbado. Para recobrar el esfuerzo, este mozo de la dehesa se echa un buen trago...



Entonces se le aplica el hierro candente, fijando definitivamente la marca de la ganadería

**EL TORO**  
 ← EN EL →  
**CAMPO**



Presenciando las faenas del herradero aparece el matador de toros Parrita (Fotos de Mari)



## EL PROBLEMA DE LAS PUYAS

# ¡Que cambien "ellos" la suerte!



Tercia hoy en este debate sobre las puyas uno de los críticos taurinos españoles más autorizados: Ventura Bagües, que a lo largo de su labor en pro de la fiesta nacional ha utilizado el seudónimo de Don Ventura.

Extensa e interesante esta obra de escritor y de crítico de Ventura Bagües, su opinión da nuevos alicientes a esta encuesta iniciada por José María de Cossío, a la que él mismo, después de escuchadas observaciones e iniciativas, pondrá las apostillas convenientes.

¿Han de ser "ellos" los que determinen cuándo ha de cambiarse la suerte? Acaso más que un consentimiento, se nos antoja que la opinión de Don Ventura es una protesta velada contra lo que "ellos" intervienen en demasía en el desarrollo de la fiesta. Con bastante olvido del sufrido Reglamento.

Dice así Don Ventura:

LA suerte de varas ha sido siempre la más debatida desde que la misma existe; las diversas modificaciones de las puyas demuestran de un modo evidente la preocupación que siempre ha existido por adoptar una postura que fuera cómoda para todos; pero a una decisión tomada, al parecer, reflexivamente, ha sucedido luego una enmienda, que, transcurrido más o menos tiempo, es, a su vez, objeto de nuevo cambio.

En el número 118 de EL RUEDO propone José María de Cossío el de la puya actual, con argumentos sólidos, propios de quien es hierofante de la taurómaca grey de nuestros días; y, al recoger sus autorizadísimas manifestaciones y dejarme ganar por ellas, me resuelvo a proponer algo que, aunque parezca temerario de buenas a primeras, no equivale, en realidad, más que a dar estado oficial a lo que de hecho viene adquiriéndolo de algún tiempo a esta parte.

¿Por qué no dejar al arbitrio de los matadores el cambio de tercio —el del primero al segundo— en sus respectivos toros?

Constantemente estamos viendo que son "ellos" quienes solicitan del presidente el final de la suerte de varas sin haber recibido el toro los cuatro puyazos en regla que dispone el artículo 61 del Reglamento, y nunca se da el caso de que dicha autoridad se muestre remisa para acceder a tal indicación.

Claro es que de este modo quedaría convertida en letra muerta tal disposición. Pero, ¿es que hoy se observa la misma con fidelidad?

El deseo de que las reses no queden totalmente agotadas para la faena de muleta, mueve a dichos matadores a tal solicitud; un técnico que sea espectador, o un asesor inteligente, no conseguirán nunca apre-



ciar como "ellos" las facultades del toro que se lidia; "ellos", mejor que nadie, pueden graduar el genio, la casta, la fuerza, el poder y el temperamento del astado; y siendo esto así, si "ellos" son los más capacitados para medir el grado de pujanza del enemigo, ¿por qué no concederles la indicada facultad de opción?

Disponiendo de ésta, aumentaría su responsabilidad y cargarían con culpas que muchas veces echamos indebidamente sobre los hombros de otros.

Opino, igual que Cossío, que es necesario adoptar una vara que esté en consonancia con la resistencia de los toros, para que no se malogren éstos por exceso de sangre; es, asimismo, de importancia capital que aquélla no pueda penetrar más milímetros que los que se establezcan como norma; Marcial Lalanda ha señalado como posible

solución una puya que lleve "un aspa en el tope de la arandela, parecida a la cruzeta del estoque de descabellar", satisfacción del problema —decimos nosotros— equivalente a la llamada "puya de Hache" (Antonio Fernández de Heredia), en cuyo caso, dicha barra tendría que ser fácilmente giratoria, según proponía dicho tratadista, a fin de que, al tropezar de punta, tal dispositivo quedara automáticamente horizontal y no impidiera herir donde ponga la vista el picador; pero, con todas las modificaciones que en la repetida arma puedan introducirse, sería conveniente que los espadas de turno midieran la duración de dicho tercio. Por la cuenta que a los mismos tiene, se cuidarían muy bien de procurar que el toro llegara a sus manos en las debidas condiciones —excepto cuando adoleciera de defectos específicos—, y de este modo no podrían acogerse al comodín de disculparse en muchos casos invocando la excesiva o la escasa punición.

Ahora bien: esta facultad asignada al matador de turno, debería restringirse, es decir, habría de quedar sin efecto cuando se tratara de toros que deben ser fogueados, pues en casos tales siempre se mostraría renuente dicho espada para aplicar a la res los tostadores; y

únicamente en estas circunstancias, cuando el toro volviera la cara las veces que señala el Reglamento, sería cuando el presidente se arrogaría el derecho de dar fin al primer tercio de la lidia, ordenando el castigo de pólvora.

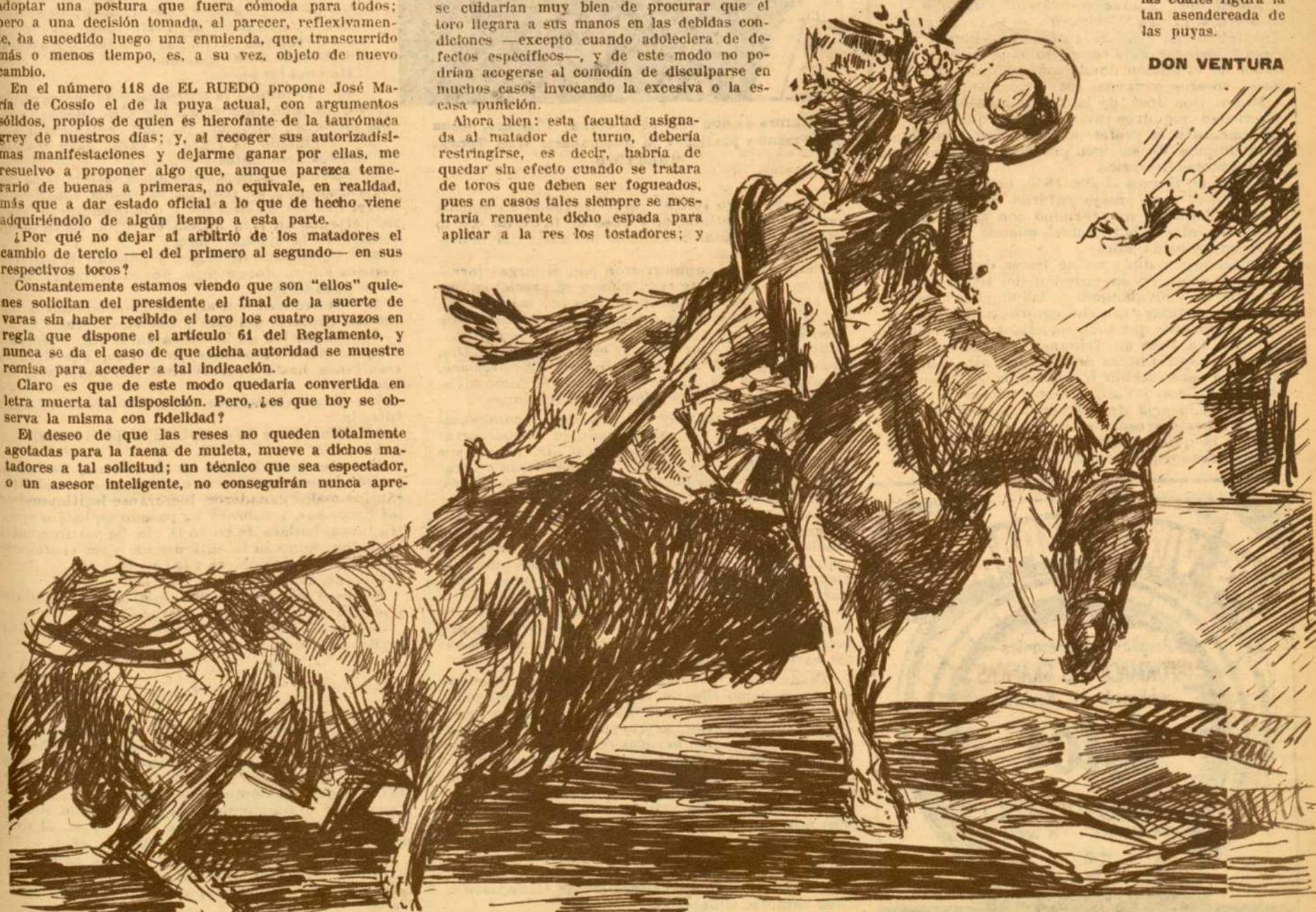
De las banderillas de fuego (como consecuencia de la falta de castigo de la res, y no como baldón) podríamos también hablar bastante, y ello nos llevaría a ocuparnos de la raya que se traza en el ruedo como límite del avance del picador.

El público de toros, influido por muchos prejuicios, suele protestar airadamente en cuanto un jinete rebasa dicha línea, y no advierte que cuando éste "se sale de la raya" renuncia a un derecho suyo sin perjuicio para el espectador, máxime si se trata de toros que, por querencia a las afueras, no es fácil aproximarlos a las tablas, de donde se colige que hay ocasiones en que los toros son fogueados indebidamente.

Claro está que una tolerancia excesiva en tales casos favorecería mucho a los ganaderos; pero sabido es que no hay fiesta como la de los toros en la que tan opuestos sean los intereses o conveniencias de los

factores que la integran. El público, el ganadero, el torero, el empresario, el contratista de caballos, etcétera, nunca estuvieron entre sí a partir un piñón, y de esta dificultad para armonizar la utilidad de unos y otros se derivan todas las vicisitudes del espectáculo nacional, entre las cuales figura la tan asendereada de las puyas.

DON VENTURA



# DON JOSE DE LA SERNA, "AFICIONES"

Terminada la carrera de Medicina, la abandonó para dedicarse por entero al periodismo

Con los seudónimos de Gil Imón y El Bombero de Guardia, firmo su labor de crítico teatral

Si don José de la Serna, Aficiones, no alcanzó el renombre que otros escritores taurinos de su época, no fué —obligado decirlo— ni por falta de méritos ni por desconocimiento de cuanto tuviese relación con la fiesta nacional, ya que durante los años que ejerció su cargo de revistero dió más que sobradas pruebas de su competencia en materia taurina, con numerosos trabajos que empezaron a publicarse cuando los carteles de toros anunciaban a espadas tan famosos como Cara Ancha, Fernando Gómez, el Gallo; Lagartijo, Mazantini; Frascuelo, Guerrita, Angel Pastor y otros.

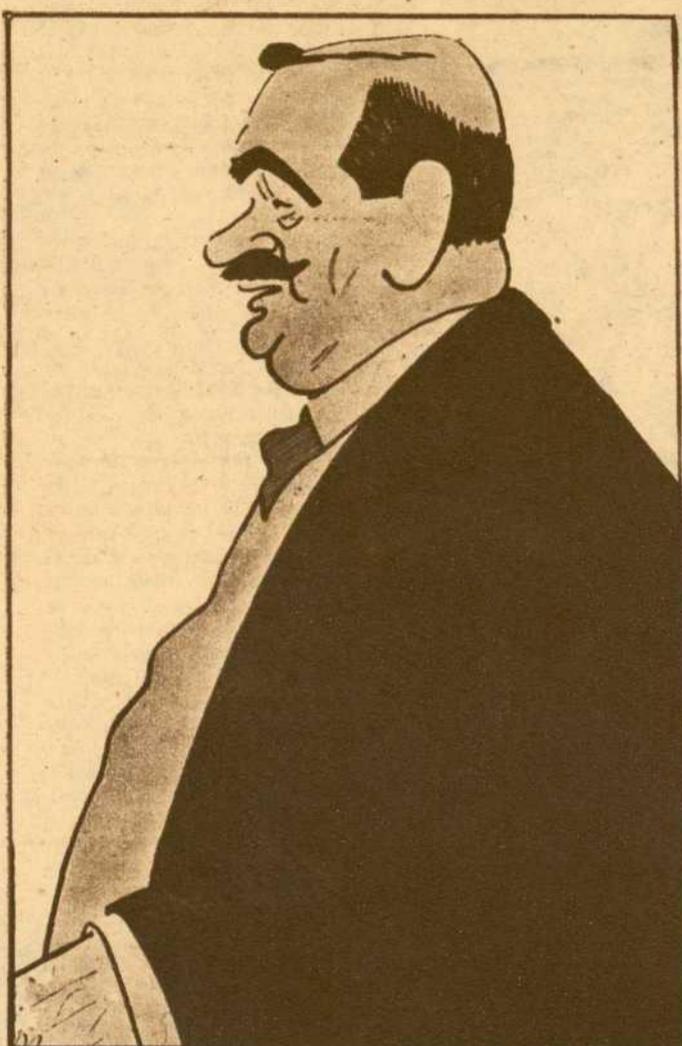
¡Oh!, tiempos pasados en que los toros saltaban a la arena de los cosos tal y como venían de la dehesa; el tercio de varas ofrecía emoción y vistosidad, y el realizar sin trampa ni cartón la suerte suprema tenía extraordinaria importancia.

Ahora bien, añorar aquellos días en que el toro era el principal elemento de la fiesta y se ejecutaban con más brillantez otras suertes, no quiere decir estar de completo acuerdo con ese sector de la afición donde sólo cobran mérito toros, toreros y faenas de otros tiempos.

Mas si don José de la Serna no alcanzó la notoriedad que otros revisteros, hay que atribuirlo únicamente a la preferencia que demostró desde poco después de su incorporación al periodismo por los temas literarios.

Nacido en Burgos el año 1855, marchó a Valladolid, donde por consejo paterno comenzó la carrera de Medicina, que terminó con brillantes notas en la Universidad Central, cuando había cumplido los veintiún años.

Pensando sin duda en no hacer daño a nadie, tan pronto estuvo en posesión del título decidió arrumbarlo, y olvidándose de las muchas horas de estudio invertidas para conseguirlo, y de esos tragos tan amargos que todo estudiante pasa cuando se encuentra ante un Tribunal examinador, José de la Serna quiso hacer de su pluma algo más que un objeto para escribir fórmulas magistrales o recetar específicos, y porque sentía más el periodismo que la ciencia de Hipócrates, prefirió vivir con estrechez entregándose a la lucha diaria, desdenando la quietud del ambiente rural a que le hubiese llevado seguramente el ejercicio de su pro-



Caricatura de don José de la Serna, Aficiones, hecha por Fresno y publicada en el semanario «Los Toros», el año 1910

fesión. Su claro talento no le traicionó en aquella ocasión tan definitiva, y José de la Serna fué lo que se propuso al abandonar las aulas universitarias: periodista.

Pero quienes compartieron con él largas jornadas en las mesas de redacción o se preciaban con su amistad particular, dicen que fué más: fué un modelo de periodistas, íntegro, austero e independiente.

Sus primeras cuartillas las escribió para *El Día*, del que pasó a *El Progreso* y después a *El Resumen*, periódicos en los que se dió a conocer como revistero taurino con el seudónimo de Aficiones.

Y como donde hay talento hay recompensa, José de la Serna fué galardonado en varios certámenes literarios, logrando destacar bien pronto sus excelentes dotes de escritor, especialmente en trabajos humorísticos que publicó en *Blanco y Negro*, *La Esfera*, *Nuevo Mundo* y otras revistas.

Mas como de la fecunda labor de este periodista de gran agilidad y agudo ingenio sólo me interesa resaltar aquella que se refiere a temas taurinos, reproduzco en parte uno de sus trabajos humorísticos, publicado a principios del siglo en el semanario *Los Toros* (fundado por don Torcuato Luca de Tena), que podría muy bien pasar como escrito en estos momentos, en el que la gracia y el donaire ponen de manifiesto el fino ingenio de este escritor castellano. Empezaba así:

«Desde el 11. Circular. Se han asociado nuestros criadores, como ellos se llaman, incluidos los marchantes y saldistas que lo mismo trafican en reses de lidia que pudieran hacerlo en melones de desecho de tiente y cala o en besugos reparados de un ojo.

Se han asociado los empresarios de la que el señor Conde de las Navas llamó la fiesta más nacional, y que ya tiene poco de nacional y mucho menos de fiesta, gracias principalmente a los susodichos señores *indalecios*.

Se han asociado los toreros y disfrutaban ya de su Junta magna con los requilorios, caireles y alambres del caso, y hasta con censor y todo, ni más ni menos que el gabinete telegráfico de Gobernación y los cabildos diocesanos.

Sólo nosotros, los cornúpetos o los cornúpe-

Fué un conversador amenísimo y obtuvo premios en varios certámenes literarios

tas, como la Academia quiere que se diga, permanecemos *quedados*, en el más absurdo de los quietismos, con grave daño de nuestros intereses y baldón y oprobio del orgullo de nuestra especie.

¿Es que en los tímboles de la historia no ha sonado aún la señal de que nos redimamos por nosotros mismos y podamos lidiar con honra y morir con el bello gesto del gladiador romano?

Entiendo yo, mi querido *concuernáneo* y amigo, que es llegada la hora de imitar a ganaderos, toreros y empresarios, constituyendo a nuestra vez una Asociación o Cofradía en ofensa y defensa de la clase.

He dicho Cofradía y no me arrepiento, que en nuestra ilustre estirpe se cuenta el divino Apis, negro, morito, lucero, botinero, bien armado y un poco veleta, el cual tenía en Menfis una capilla por chiquero, honores de los sacerdotes consagrados a su culto, y su patinillo donde recibir y ser adorado por los fieles devotos que gustaban bajar al redondel.

Dejando para una reunión general la confección del Reglamento detallado y concreto, le anticipo las bases principales, por si las encuentra de su agrado y en su vista podemos contar con su valiosa cooperación y mancomnamiento, entendiéndose desde luego que no se trata de capeas, novilladas y bailes de máscaras, sino de *formalidaz* taurina.

He aquí las bases:

1.<sup>a</sup> Prohibida la corrupción de menores, delito en que incurrirán los que suelten reses que no hayan cumplido la edad reglamentaria.

2.<sup>a</sup> Prohibida la trata de vacas para mezclas de sangres detonantes y espurias.

3.<sup>a</sup> Prohibida la sustitución a última hora por individuos que no sean de la misma categoría y cartel que los sustituidos y que, aunque lo sean, no pertenezcan a la Asociación y no estén al corriente de la última cuota.

4.<sup>a</sup> Certificado de origen y patente de sanidad, visados ambos documentos por el hermano censor de la ganadería.

5.<sup>a</sup> Herradero con arreglo a los adelantos modernos; cauterio químico y anestesia local.

6.<sup>a</sup> Supresión de la tiente en su forma actual. Empleo del dinamómetro montado, que dará la resultante, hasta en fracciones, del poder y la resistencia.

7.<sup>a</sup> Pasto abundante, habas a discreción y agua filtrada.

8.<sup>a</sup> Maniqués de ensayo en trajes de luces.

Etc., etc.

De este modo iremos en condiciones de lucha, podrán lucirse los toreros que sepan, se rehabilitarán los malos ganaderos, lucrarán legítimamente las Empresas, recobrará su pasado esplendor nuestra fiesta, bailará de gusto la afición y volveremos los toros, como en la antigüedad, a ser el símbolo de la bravura, la nobleza y la fuerza.

Conque, amigo mío, ser o no ser. Ese es el dilema, y ha llegado el caso de decidirse y agarrarse a uno de sus cuernos.

Saludo a los de usted, le ofrezco los míos y me repito su affmo.,

Flor de Jara.

No fué el seudónimo de Aficiones el único que empleó José de la Serna para firmar sus trabajos. Cuando cesó en su tarea de revistero taurino para dar paso a su labor como crítico teatral, usó los de Gil Imón y El Bombero de Guardia, este último a partir de su incorporación a *El Imparcial*, diario donde realizó su más intensa labor, y en el que permaneció durante más de cuarenta años.

José de la Serna, Aficiones, dejó de existir en Madrid el día 13 de septiembre de 1927 tras una larga enfermedad que soportó con entereza cristiana.

JUAN LAGARMA

LOS VINOS ESPAÑOLES

Amplias e interesantes INFORMACIONES GRAFICAS publicará la Revista

fotos

EXTRAORDINARIO que aparece en breve

Publicación LOS TIROLIENSES

## LOS TOROS EN EL EXTRANJERO

### EL "CAMPINO" PORTUGUES



«Campino portugués»  
(Cuadro de Martín Maqueda)

«A escoha dos touros»  
(Cuadro de Martín Maqueda)

EN las tierras del mediodía portugués existen unos hombres hermanos gemelos de los vaqueros andaluces, con diferente traje, tan típico y decorativo, que es único. Figuraos un hombre de rostro quemado por el sol y los aires campestres, ojos morunos, de acusados pómulos (los antiguos, con sus largas patillas, como "er seño" Manuel Domínguez, o Cayetano Sanz), pipa de raíces o cigarro en la boca, tocado con una barretina igual a la de los catalanes, de remate no cuadrado como aquélla, sino en redondo y con borla bermeja igual al borde que le sirve de friso y que le enmarca la cara y rodea el cráneo; camisa de lino, con cuatro pasadores y adornada con bordados; chaquetón corto, con coderas como los de la baja Andalucía; chaleco y faja del mismo color; calzón y medias que llegan hasta debajo de la rótula, hechas a mano por la novia, esposa o madre, y zapatos de cuero claro, con una sola espuela, en el lado izquierdo.

Estos guardadores de ganado bravo necesitan, como los de la tierra de María Santísima, un animal ágil que alcance al toro huído, y que en ocasiones pueda salvarle con su instinto y velocidad; y valiente como su dueño, que pueda dominarlo en sus rebeldías. Los jinetes tienen que contratarse equipados. Sólo para los días de gala se establece que sea pagado el "gato", o traje, por el ganadero a quien sirve.

Como arma de ataque y defensa llevan la "vara" o "pampillo", una caña de bambú con dos regatones de metal labrado. Uno sirve de contera y el otro remata en un pequeño pincho, que por su poco peso manejan con faci-

dad. Es una variante de la garrocha española. No hay figura masculina que vista con más armónicos colores: el verde y el bermellón juntos, colores de la bandera portuguesa, y al lado de este último color, el siena tostado de la cara, recortado por el blanco de la camisa, que forma el arco alanceolado invertido en el pecho, con los cuatro puntos dorados o negros de los pasadores. Delante, el fuerte color de la flor del geráneo, también moteado de doble fila en cono del dorado de los botones, y, en la espalda, a manera de ánfora pompeyana, adornos negros de finos trazos, con bordados en cuentas. Poca diferencia con el bermellón del chaleco tiene la ancha faja, que también cruza el azul del pantalón, y éste, a su vez, lo es por el blanco ahuesado de la media, que remata el tono ocre de los zapatos.

El caballo lleva montura de albardín, cóncavo por la constante presión del cuerpo; se cubre con la amarillenta piel de cordero. Los estribos son en forma de cajón, con los lados cubiertos en redondo y adornados con metal.

Recortad esta figura sobre los azules violáceos de las montañas lejanas y los verdes de las "lezirias", y no encontrarán los pintores coloristas mayor cantidad de gamas para la composición decorativa.

Para mayor parecido con el garrochista andaluz, el "campino" tiene su sede en la provincia llamada Ribatejo, o ribera del Tajo en castellano, siendo su capital Santarem, y el mayor núcleo de ganaderías radica en las bajas tierras de Villa Franca de Xira, que son también hermanas de las marismas sevillanas. Como éstas, forman también su isla (antiguamente perteneciente a la Casa del Infantado), cercada por los ríos Tajo y Sorraia, por lo que es llamada la Sevilla portuguesa.

El gazpacho andaluz es sustituido por "cal-

deiradas" de pescado con rebanadas de pan de maíz y un hilo de aceite, medido cuidadosamente de la aceitera de cuerno.

También es parecido el decorado de la casa, aunque en Andalucía es de mampostería, y aquí son barracones de madera, o grandes chozos, con techos de paja, en los que se encuentran colgados y dispuestos aquí y allá los grandes cencerros, con los hierros del "amo", de metal, remachados en las anchas correas; las alforjas, la pequeña red para la pesca en el río, llamada "garricho"; la gruesa manta de Covillá y las polainas de invierno, la candileja de aceite con un solo candil; encima del camastro, los santos de su devoción; y fabrican también, como el campesino andaluz, las cucharas y tenedores de palo a punta de navaja.

Sus obligaciones son como las de los españoles: continua vigilancia, evitando riñas; reservar las crías del peligro, si la madre las dejó en sitio inconveniente; el destete, el herradero, el apartado de machos y hembras, después de algunos meses, para que empiece la nueva vida, que seguirá hasta que marche a la plaza; el tentadero, que separa los bravos de los mansos en diferentes vidas. Los primeros quedan en la "leziria", palabra derivada del árabe "jaciriat", para su cría, y más tarde su lidia, y el manso para el matadero, o su castración, con destino a la labranza.

Para domesticarlo un poco, lo dejan con una larga cuerda enlazada en los cuernos, que va arrastrando en su andar, y que, pisada por sus compañeros, va "quebrándole" la cabeza, hasta poder uncirlo al yugo o "canga" de la carreta o el arado.

¿Proezas? Muchas, que describiremos en otra ocasión.

A. MARTIN MAQUEDA

(Oporto, noviembre de 1946.)

Album-postal Tauromachico

N.º 166



Um intervaleiro

**P**EGADA a la pared, sirviéndonos de pali, hay una cabeza de toro disecada. El largo cuello del bicho parece que se estira, y las finísimas púas de los cuernos amenazan con romper el techo. Todavía parece que sale vaho de la boca del animal, llenando de ferocidad la casa.

—¿Cómo se llamaba este toro?  
—Fogonero.  
Y dice mi interlocutor, poniendo en sus palabras mucho respeto:  
—Era un Murube.  
Y añade:  
—¿Quiere usted saber cómo mató el maestro a este toro?  
—¿Cómo?

—Fue en la Plaza de Toros de Linares, el año 1922. ¡No ponga usted esa cara, amigo! Esta historia es corta, como todo lo bueno. Antonio Sánchez tomó la alternativa de las manos de Sánchez Mejías. ¿Recuerda usted a Sánchez Mejías? Era la valentía indómita, el coraje... No hacía más que salir, y se llenaba toda la Plaza de torero. Sánchez Mejías se tiraba en el morrillo de los toros como usted y yo nos echamos en la cama después de no haber dormido en tres días. Y el toro caía al suelo con las cuatro patas para arriba, como una mesa que tira un borracho. Pero Sánchez Mejías tenía el capricho de que el astado se afilara los cuernos en su «taleguiya», como un lápiz en el raspador... Y esta manía le costó la vida.

—Bueno; pero en lo que estábamos...  
—¡Ah, sí! Perdona que me vaya del asunto como el gato al bofe. Sánchez Mejías le dió la alternativa a Antonio Sánchez en Linares.

—Ya lo ha dicho usted.  
—Y Antonio lió la cabeza al toro Fogonero como si fuera un cacurucho de dulces, se arrojó al bicho como madre amantísima a un hijo, al que creía ya perdido, y le dió una estocada —ponga «estocá», que suena mejor— que derrumbó a la fiera. Y como al toro no le hacían ya falta las orejas, se las dieron al torero, que estaba herido en un muslo. Desde entonces se cantó en Linares la copla:

*Linares ya no es Linares,  
que es un segundo «Madrid».  
¿Quién ha visto por Linares  
pasar el «ferrocarril»  
entre mieses y olivares?*

—Pero ya tiene usted aquí a Antonio Sánchez. El le contará, sin alifonios ni requilorios, aquella cornada «seca», que son las que cuestan más sangre, que le tuvo ocho años en un ¡yá!

—No, de eso, ni hablar, porque a mí hasta el recuerdo me duele —dice Antonio—. Es mejor que hablemos de un gran amigo mío que cambió la espada por los pinceles.

—¿Quién?  
—Un hombre que hay que hablar de él con el sombrero en la mano: Ignacio Zuloaga.

—¿Era amigo de usted?  
—Lea usted la dedicatoria de este retrato:

«Al buen torero y pintor Antonio Sánchez, el mal torero y pintor,

*Ignacio Zuloaga.»*

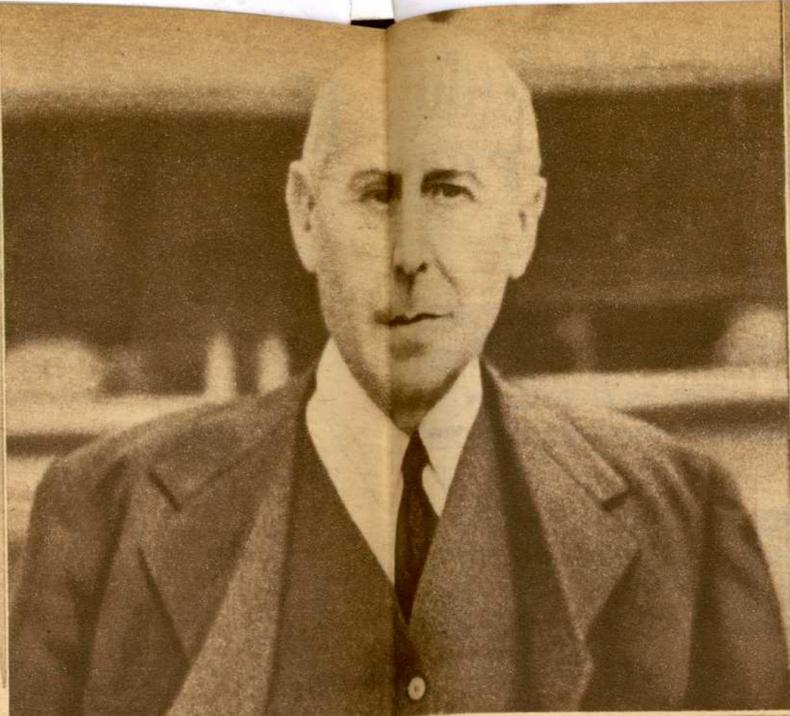
Y vea esta fotografía en que Zuloaga está perfilado para tirarse a matar, y en la que ha escrito esta pregunta: «¿Qué le parece?»

Antonio Sánchez, el pintor torero, es bajo, delgado. Tiene ya el pelo blanco —la caricia de los años— y en su cara ha quedado una sonrisa permanente, que no han logrado borrar de su cara las cornadas.

—Mi afición a la pintura —dice Antonio— fué el principal motivo de mi amistad con el maestro Zuloaga. En su juventud quiso ser torero. Tenía una afición loca. Como usted sabe, era vasco, pero le choiraba por todo su cuerpo el amor a Andalucía. Los toros y los gitanos eran su delirio. Hablaba el «caló» mejor que un gitano de la Cava de Triana o de las cuevas del Albaicín.

De joven —añade Antonio Sánchez—, al maestro Zuloaga le gustaba ver salir el al-

# LOS TOROS y los GITANOS

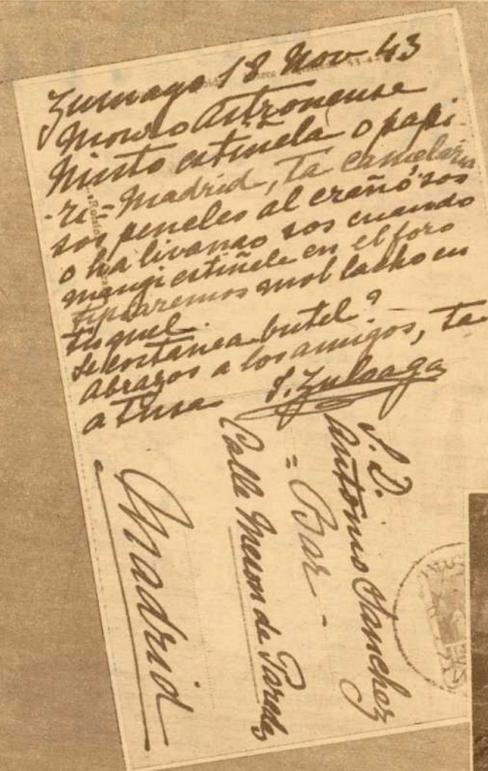


El pintor torero

# Ignacio Zuloaga, EL TORERO PINTOR y EL PINTOR TORERO



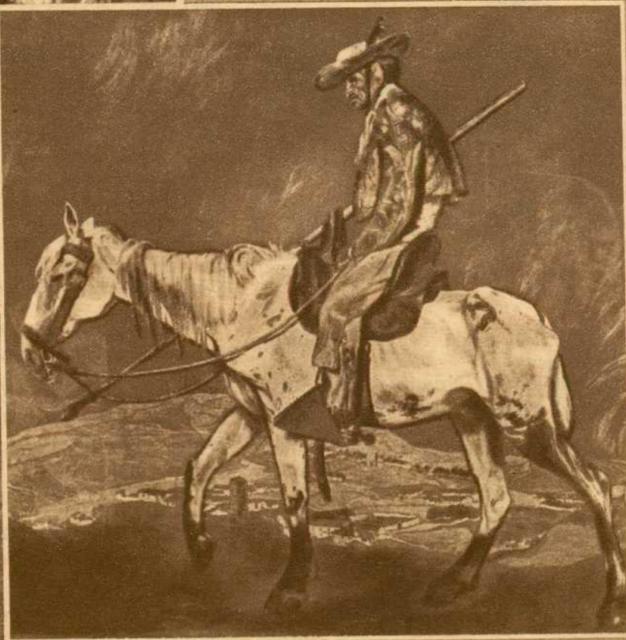
El torero pintor



Una postal en «caló» de Ignacio Zuloaga



«Toreros de pueblo» y otros cuadros famosos del pintor eibarrés



ba oyendo las soleares de Silverio, diciéndole cosas bonitas a una «gachi» de bandera» y llevando el son a la guitarra con el «palito del estilo».

Conocía la tierra del vino por el olor, y tiraba por lo alto la manzanilla y la recogía en la caña sin derramar una gota.

Si en una juerga un mandria o badulaque se «desmandaba», Zuloaga lo cogía por la solapa y lo levantaba a pulso como un «bebé». Porque el maestro era alto como un castillo y fuerte como un roble.

—¿Y su afición a los toros?  
—Mire usted: la vida juega con el hombre como el gato con el ratón: ¿he dicho algo?

—Bien dicho.  
—Pues eso le pasó a ese pintor extraordinario, cuyo nombre lo pronuncian con elogio en todos los idiomas: que tiraban de su gran corazón dos amores: la pintura y los toros.

—¿Le hacían guñios dos hembras?  
—¿Guñios? Lo llamaban a gritos. Y una tiraba de aquí, y la otra, de allá, y el hombre no sabía qué hacer. Porque al principio la gente tomaba a broma la pintura de don Ignacio. Aunque nos duela, esta es la verdad. Lo creían un «chala». Y entonces Zuloaga tiró los pinceles y agarró el estoque.

Todavía quedará allá, en Sevilla, algún viejecillo «entumecido» y arrugado que recordará a aquel zagal «espigao» y marchoso que pasaba por la Puerta de la Carne llevando en un envoltorio su capita de almagra para torear una vaca de esas que llaman hoy «nodrizas», pero que tienen poca intención que ese Lye de la O. N. U.

—¿Y ese zagal?  
—¡Zuloaga! Una maravilla con pantalón «abotina». Y un día...

Déjeme usted que tome un poco de respiro.

—Lo que usted quiera.  
—Pues un día, los carteles de la Plaza de Toros de la Escuela Taurina de Manuel Carmona decían:

«El sábado 17 de abril de 1897 se celebrará una magnífica corrida de cuatro novillos de cuatro años, siendo dos de capea y dos de muerte.

**Matadores:**  
Manuel Domínguez.  
Ignacio Zuloaga, «El Pintor».  
**Picador:**  
Santiago López (Melilla).  
**Banderrilleros:**  
José Trigo, Isidro Suárez y Nicolás S. Miret (El Catalán).

Una banda de música amenizará la corrida. Precio de la entrada, tres reales.»

Aquí tengo guardado el cartel, como una joya.

—Se perdió un torero, pero España ganó una gloria de la pintura.

—Sí, señor; pero Zuloaga llevaba clavada una espina en el corazón por su derrota. Y me decía: «Yo hubiera querido ser torero, Antonio». Hablábamos de pintura y de toros. Le gustaba el toreo recio, las cosas antiguas, aunque no despreciaba las modernas. El maestro sabía que los toros, grandes o chicos, hacen siempre daño.

—El toreo de hoy es más bonito, más vistoso...

—La suerte que más le gustaba era la de matar. ¡Y cómo le gustaban los gitanos! Cuando estaba en una reunión de «renegríos calés» era feliz. Desde Zumaya me escribía cartas en «caló». Mire usted esta postal del maestro.

—¿Qué dice?

«Zumaya, 18 de nov. 43. Amigo Antonio: Estoy bien. Cuando vaya a Madrid comeremos y beberemos el buen vino de su casa. Abrazos para los amigos y para ti de

*Zuloaga.»*

—Tenía dicho don Ignacio que siempre que pasara algún gitano por Zumaya se le socorriera. Y los «calés» acudían allí y pasaba con ellos muy buenos ratos.

**JULIO ROMANO**

# Don José María Jardón, Consejero-delegado de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, habla para EL RUEDO

**"Si conseguimos formar el abono --nos dice--, las figuras del toreo podrán torear las corridas que deseen"**

**Cómo se formó la Empresa de la "Nueva Plaza de Toros" de Madrid**



**Primer Consejo Ejecutivo de la actual Plaza de Toros de Madrid. Sentados, de izquierda a derecha: don José Espellus, don Fernando Jardón, don Federico Blanco y don Rafael Muñoz. De pie, por el mismo orden: don José María Escoriaza, don José Alonso Orduña y don Rafael Linaje. Estos tres últimos son los únicos supervivientes**

## **La tenacidad de don Fernando Jardón hace posible el proyecto del arquitecto Espellus**

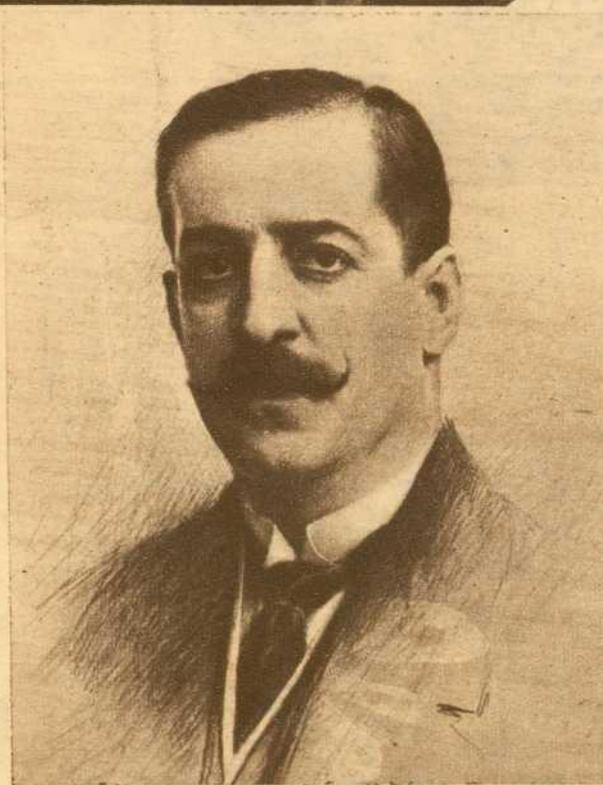
**F**IN y principio de siglo. Todavía una vida fácil, en que Madrid, sin perder del todo su sabor local, se deja ganar por los aires de fuera. La capital de España tiene tal poder de captación, que cuantos a ella afluyen acaban por tomar carta de naturaleza; y aun antes de tomarla —como ocurre ahora—, ya se consideran como en su propia casa.

Por esa época llega a España por primera vez don Fernando Jardón, que tanto había de montar, no ya en las actividades relacionadas con la fiesta de los toros, sino en otras manifestaciones de tipo social y artístico que tuvieron entonces iniciación y arraigo.

Hijo de asturianos, don Fernando Jardón vió la luz primera en Buenos Aires. En España cursó la carrera de leyes y vuelve a Madrid en 1910 para ejercer un cometido diplomático: el Consulado de su país en la Villa y Corte.

Don Fernando Jardón se aficiona pronto a las corridas de toros, y acompañado de sus inseparables amigos don Natalio Rivas y don Mariano Benlliure, no pierde corrida.

Solía asistir a una tertulia de escritores y artistas que se congregaban en el famoso Café de Fornos. Entre los más habituales contertulios figuraban Romero de Torres, Pérez de Ayala, Valle Inclán, Enri-



**Don Fernando Jardón**

que de Mesa y los escultores Julio Antonio y Sebastián Miranda.

Un día fué presentado en «la peña» cierto muchacho sevillano que acababa de triunfar en su presentación de novillero en Madrid. Se llama Juan Belmonte, y desde aquel momento los artistas y escritores se declaran sus más acérrimos partidarios. El entusiasmo belmontino del diplomático argentino le lleva a acompañar al ídolo en su triunfal recorrido por las ferias de provincias.

## **Una curiosa dedicatoria de Joselito, el Gallo. La Plaza Monumental**

De aquellos días conserva la familia Jardón una fotografía que lleva al pie una interesante

dedicatoria de Joselito, el Gallo. Dice textualmente: «A don Fernando Jardón, que con don Natalio Rivas y yo formamos la más grande trinidad belmontista. Con todo afecto, José Gómez, Gallito».

Don Fernando Jardón era un hombre de calidades contradictorias. Muy sensible a la ofensa, olvidaba pronto los supuestos agravios; hosco en sus decisiones, era hombre propicio a los afectos. Poco ordenado aparentemente, era un organizador extraordinario. A él se debe la actual formación de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, y a él la constitución de la primera Junta de Empresarios de Plazas de Toros de España. Más tarde hubo de tener una influencia decisiva en la construcción de la Plaza de Toros Monumental, que las necesidades y el prestigio de Madrid reclamaban, y tomó parte activa en otros trabajos y estudios, en los que siempre destacó un equilibrio y un acertado método.

Sencillo, acogedor en su trato de gentes, tenía gustos y aficiones de honda finura; y aunque pudiera aparecer indiferente a ésto o a aquéello, se apasionaba en gestiones de las que habían de resultar favorecidos los demás. Hombre generoso y de innata bondad.

Sin el apoyo que desde el primer momento prestó al proyecto del arquitecto don José Espellus, acaso la Plaza de las Ventas no existiría.

Espellus, en junio de 1919, elevó una solicitud a la Diputación Provincial solicitando la construcción de una Plaza de Toros capaz para 26.000 espectadores. Su emplazamiento habría de abarcar una extensión de 800.000 pies cuadrados, y el presupuesto de obras y tasación del terreno, que ascendía en principio a los siete millones de pesetas, costó el doble justamente. La duración de las obras estaba señalada para un plazo de tres años. Una vez construída la Plaza, la Diputación entraría en pleno dominio de ella, libre de toda carga.

A cambio de ello, se estipulaba que la Diputación cedería al señor Espellus el arriendo de la Plaza durante cuarenta años, reservándose el derecho de tanteo por otros diez. El 28 de junio de 1919, Espellus cedía todos sus derechos a la Sociedad denominada Nueva Plaza de Toros de Madrid. La Sociedad no pudo terminar el edificio en el plazo señalado, que sufrió una demora de seis años.

## **El actual consejero-delegado y sus propósitos**

De los fundadores de la Empresa, únicamente ha supervivido don Rafael Linaje, don José María Escoriaza y don José Alonso Orduña. Ni don Fernando Jardón ni el arquitecto Espellus vieron acabada obra en que habían puesto tantos desvelos y entusiasmos. Y muy recientemente, en la semana anterior



fallecido otro de los iniciadores de la Sociedad: don Honorio Riesgo.

Años más tarde, ya en nuestros días, el único hijo de don Fernando Jardón, que siguió su misma carrera y que heredó las aficiones paternas, trasladó su residencia a Madrid y sucedió a su padre en el Consejo de Administración. Actualmente, don José María Jardón, argentino de nacimiento, pero madrileño de adopción, ocupa el cargo de consejero-delegado en la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid. A él hemos acudido en nuestro deseo de ofrecer a los lectores de EL RUEDO algún avance de los planes de la Empresa de la Plaza de Toros de las Ventas en cuanto a la temporada venidera se refiere.

Don José María Jardón se ha prestado gentilmen- tal diálogo.

—Puesto que ocupa usted un cargo directivo de tal responsabilidad, ¿qué impresiones puede ofrecernos de su gestión?

—Como aficionado, he sentido la satisfacción de que aun en los peores momentos de presentación ganada, se han lidiado en Madrid, en promedio, corridas con exceso sobre el peso reglamentario, en contraste con el que personalmente he visto lidiar en las corridas celebradas en provincias. Por mi parte, precisamente, he podido apreciar mejor que en las dificultades de todo orden que impiden en otros países complacer a la afición en la medida que nosotros deseamos.

—¿Qué concepto le merece la pasada temporada en su aspecto artístico?

—Buena, como ya dije, en lo que a los toros respecta. Bastante buena en cuanto se refiere a los lidiadores, a causa de que no hayan venido a Madrid con más asiduidad algunas de las primeras figuras. Y, como es fácil comprender, de esta ausencia de figuras antes que nosotros puede lamentarlo.

—¿Qué novedades estima hacederas para la nueva temporada?

—Estos días estamos estudiando el pro y el contra de un posible restablecimiento del abono; de aquel abono que durante tanto tiempo fué tradicional en Madrid. De llegarse a él, las primeras figuras, como es natural, tendrían los lugares que quisieran.

—Y si no fuera factible?

—En ese caso intentaríamos una semana grande feria por San Isidro, a base de varias corridas de toros, completadas con otros espectáculos secundarios.

### Abono «a plazos» y la cuestión de los novilleros

—De llegarse al deseado abono, ¿han estudiado ustedes una fórmula por la que pudiera el abonado satisfacer a plazos el importe de su localidad?

—Lo que usted pregunta es una de las cuestiones

que con más detenimiento se están estudiando, ya que la Empresa trata por todos los medios a su alcance de no encarecer el espectáculo, al que no en balde se le denominó fiesta eminentemente popular. Asimismo, la Empresa está dispuesta a colaborar con todos los demás elementos en pro de ese abaratamiento.

—Para calmar la ansiedad de los novilleros, ¿puede decirme, señor Jardón, si habrá mayor número de novilladas el año próximo?

—Esperamos que sí. Aunque parezca paradójico, al haberse celebrado menos corridas de toros en la que acaba de finalizar, hay que confiar en que en la futura se disponga de mayor cantidad de novillos, única manera de que aumente el número de las novilladas en Madrid.

—La respuesta quiere decir que al buen entendedor...

—... Lo ideal en este caso sería que los ganaderos de más sólido prestigio facilitaran ganado que permitiera el lucimiento de los que empiezan. Por su parte, la Empresa ha tomado ya sus medidas para conseguir un mayor contacto con los ganaderos.

—Plausible criterio. Y todo eso —aunque la conversación sea prematura—, ¿para cuándo?

—Tan pronto como el tiempo nos lo permita. Especialmente, claro está, las novilladas. Cuantas más podamos anunciar, mayores posibilidades habría de que se renovara y acrecentara el actual plantel de figuras de tronio. Con ello saldrían ganando la afición y... nosotros.

F. MENDO

N. de la D.—Por si andando el tiempo —y el tiempo en estas cosas de toros es cosa de pocos meses— desde estas columnas de EL RUEDO hubiéramos de criticar la gestión de la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid, no estará de más sentar el principio de que la crítica no siempre es censura, ni está animada de un espíritu de combate. Si acogemos gustosamente las manifestaciones del consejero-delegado de la Empresa, es como prenda de que a nuestro juicio —como el señor Jardón expresa por su parte— todas las opiniones —cuando



Josellito y Belmonte

se expresan de buena fe— son dignas de tenerse en cuenta. El principal estímulo que a todos nos guía es la defensa de la prosperidad y grandeza de la fiesta.

¿Por qué se ha de dudar, por sistema, de los sinceros propósitos de la Empresa? Desde su punto de vista defiende unos intereses legítimos, y no le pueden ser ajenos los de cuantos elementos en la fiesta interviene. Nuestro punto de vista es que cuando surjan las dificultades —las exigencias de las figuras, la resistencia de los ganaderos, los cálculos de los intermediarios—, cualquiera que sea la naturaleza de los obstáculos que se opongan a una gestión, que sea la propia Empresa —o los interesados en cada caso— quienes expongan con claridad, y de una manera pública, las razones que estorban o desvían una orientación buena.

Precisamente el público de toros está hecho a juzgar con rapidez y con nobleza.

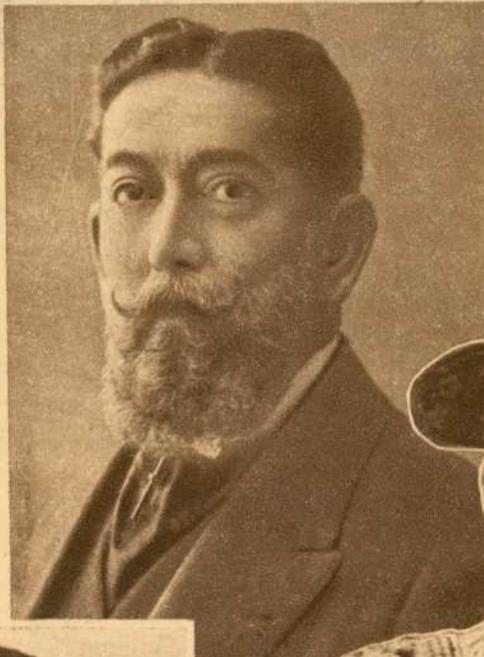
# ENRIQUE VARGAS (MINUTO), o lo grande en lo pequeño

Si hubo un torero menudo, bravo, gracioso, inteligente y desgraciado, fué, sin duda, Enrique Vargas (Minuto). De haber tenido unas pulgadas más de estatura, no se le hubiera puesto delante ningún gran torero de su época. Había que verle en la hora de la verdad, con una muleta que, por pequeña que fuere, como un telón le tapaba. Empinábale a pies enjutos para divisar en el "horizonte" el morrillo inaccesible del toro. De aquellos toros, que, de grandes que eran, nunca acababan de salir de los chiqueros. Porque si Minuto hubiera conocido el torote del día, tengamos por cierto que él, miniatura de matador, hubiera sido un as indiscutible del toreo, al encontrar justamente a su medida el torito en miniatura de nuestro tiempo. Pero no fué así. El torero de su época, a más de un artista, era un atleta derribador de carne, y Minuto no podía luchar en la brava competencia con el arma desigual de su cuerpecillo. Le sobraba talla moral en sus arreos pundonorosos y en los recursos de su viva inteligencia para enfrentarse con los toros; pero la quiebra de la talla física era su amargura, nunca confesada. La talla física era para Minuto lo que para el gurrriato las alas volanderas. No podía. Y este no poder, en pugna con el querer de una voluntad tan poderosa como ruines eran sus medios, lo presenta a mis ojos con el respeto que merece la criatura humana en la lucha cruenta por la vida, mil veces peor que la de los toros, porque en la del vivir, como dijo el Espartero, las cornadas son del hambre.

Y, sin embargo, a pesar de los pesares, Minuto tuvo su minuto triunfal en la torería. Y ello fué en la gran época en que el cielo taurino se constelaba con astros como Lagartijo, Frascuelo, Cara-ancha y el Gallo, en su atardecer; y Mazzantini, Guerrita, el Espartero y Reverte, en su amanecer. Entre ellos, Minuto, pequeño asteroide, supo brillar como un lucero. Y su luz era tanto más intensa cuanto que se concentraba en la medida sin medida de lo grande en lo pequeño. Le recuerdo en ese tiempo luminoso de su vida. La sala de armas del inolvidable Perico Carbonell, templo del noble arte de la esgrima, era, a principios de siglo, centro, solaz y palestra del todo Madrid. Allí tomaban lección a diario personas tan dispares como el marqués de Heredia y Carlos Arniches, Vital Aza y el conde de Bugallal, Joaquín Dicenta y el marqués de Cabriñana, Pepe Riquelme y el marqués de Campo, Felisa Lázaro y el futuro general Burguete, y entre otros, que no recordamos, un servidor de ustedes y Enrique Vargas (Minuto). Por dicha época acertó a pasar por Madrid aquel cometa de larga cola que se llamó Eugenio Pini, altísimo prestigio de la esgrima mundial. Con este motivo, la sala de Carbonell fué aquellos días palenque obligado de los más lucidos torneos entre el coloso italiano y lo más fuerte de la afición madrileña. Y allí, en aquel ambiente de fintas y golpes rectos, se conocieron y simpatizaron el esgrimidor gigante y el torero chiqui-



El conde de Bugallal



Vital Aza



Enrique Vargas (Minuto).

Pini se echó al hombro a Minuto, como San Cristóbal al Niño Jesús, y subió con él los escalones de cuatro en cuatro. Estas fotografías se publicaron en periódicos y revistas.

Pasó el tiempo, y perdí todo contacto con el pequeño gran torero. Supe que, logrado un modesto bienestar, habíase retirado de los toros. Supe más tarde que sus negocios —creo que una tienda de bebidas, en Sevilla— habían ido desastrosamente. Entonces reapareció en Madrid, ya viejo o envejecido, y, como era ingenioso, quiso probar fortuna en el teatro. Estrenó, al efecto, en Novedades una zarzuela titulada "El Sevillanito", con música del maestro Prudencio Muñoz. La obra fué del agrado del público; pero como el pobre autor carecía de la cultura necesaria para dar cauce debido a su vena cómica, el infeliz Minuto, tras nuevos intentos malogrados, se volvió a su Sevilla...

Y allí, insensiblemente, en días cortos para la ciudad y largos para él, fué descendiendo hasta los peñaños postreros, en que la vejez doliente mira en cada amanecer la cara insoslayable de la miseria.

No quisiera acabar este artículo con tintas de melancolía; para evitarlas, contaré dos anécdotas de nuestro héroe, que lo pintan en sus réplicas, tan rápidas como chistosas.

Mi gran amigo don Ricardo López del Toro le preguntó una tarde "esaboría":

—¿Por qué no te arrimas, Minuto?

—¡Porque los toros no cambian; y yo, "ca" vez que toreo, tengo un año más!

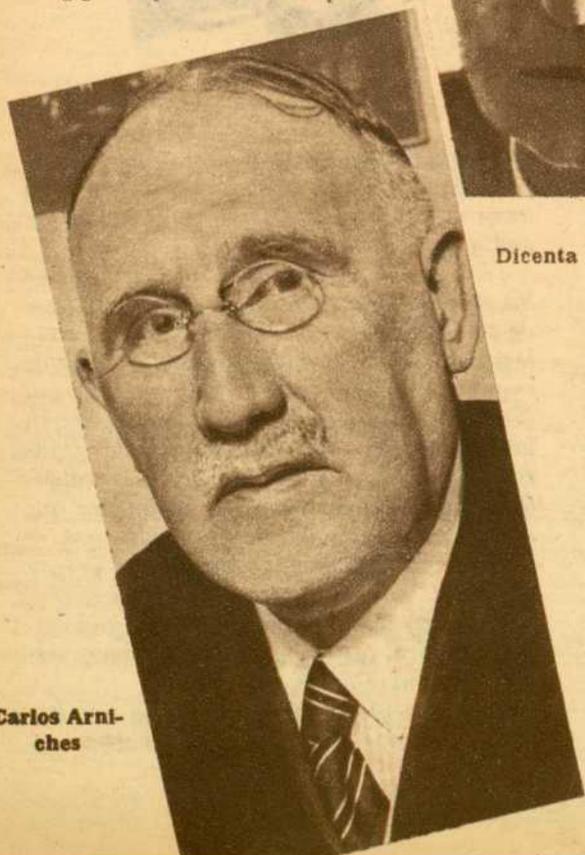
Y en Méjico, una tarde, antes de salir al paseillo, en compañía de Mazzantini, con el capote ya ceñido a la cintura, el corpulento don Luis le dijo, agachándose, hasta ponerse a su nivel:

—Me pongo así, Minuto, para que no vean a la misma altura.

Y Minuto, festivo y cáustico, le contestó como un rayo:

—¡Pues así va a "está usted toa la tarde, don Luí"!

FEDERICO OLIVER



Carlos Arniches

Dicenta

in. Para Pini, atleta formidable, era Minuto menos que una pluma. Con una silla volcada en mitad de la sala de armas, había que ver al torerito sevillano, muy puesto de corto, con su chaquetilla de alamares y su camisita bordada en guirindolas, mostrar al curioso italiano los estilos característicos de los maestros en un afflignado toreo de salón: "Así torea el Guerra; así quiebra Fuentes en banderillas; así recorta Reverte, y así toreo yo.

Pini, entusiasmado, lo tomaba en sus brazos y lo zarandeaba como a un niño. Un día acordaron retratarse juntos. Pini en su traje de asalto, y Minuto con su vestido corto. En la misma casa de Carbonell había en el ático una fotografía.

TAMBIEN las MUJERES OPINAN de TOROS

## MARICHU DE LA MORA

es partidaria de que a los toros vayan señoras con mantilla... Pero lo es por puro sentido práctico



La personalidad de Marichu de la Mora es tan efectiva, que resultaría casi pueril presentarla ahora aquí con la alegría de haber hecho un descubrimiento sensacional y prodigar a su labor esas alabanzas —merecidísimas, pero innecesarias—, que ella rechazaría horrorizada. Sin embargo, hay algo que no por muy sabido debe dejar de decirse: Marichu es una gran periodista. Y este sencillo elogio habrá quien no lo entienda y también quien sepa comprender lo poco fácil que es merecer con justicia ese título.

Hoy la hemos pedido unas respuestas para

esta página de EL RUEDO, que, según nos ha dicho un señor muy galante y muy simpático, "parece la sonrisa de la Revista, cuando en ella asoma el rostro de una aficionada".

Preguntamos a Marichu qué significa para ella un día de corrida, uno de esos días emocionantes para los entusiastas que, por su gusto, estarían ya en la Plaza tres horas antes de empezar la corrida. Y ella nos dice:

—El día de la corrida es un día de muchas prisas, en el que el marido regaña todo el tiempo, creyendo que no vamos a estar vestidas a tiempo.

—Pues entonces usted es la mejor aficionada de España, ya que, a pesar de eso, sigue yendo a los toros. ¡Con la rabia que da que le metan a una prisa!... Bueno; ahora hagámonos la cuenta de que ya está usted arreglada y en la Plaza. ¿Qué es lo que más le gusta de lo que allí ve y oye?

—Lo que más nos gusta de la corrida es esa señora encantadora que se sienta a nuestro lado y que

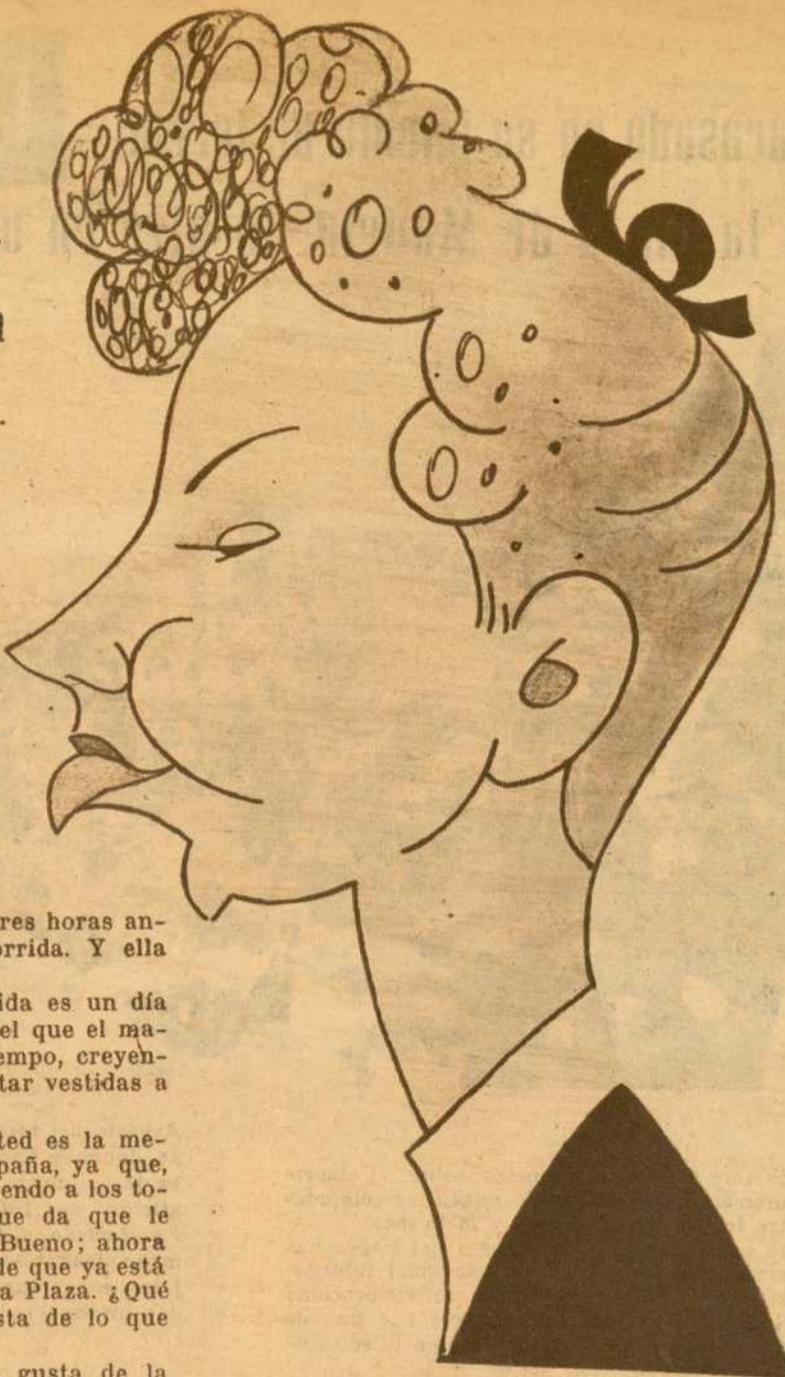
pregunta en voz alta todas esas cosas que estamos deseando saber, pero que nunca nos atrevemos a preguntar: cómo se llaman los toreros, qué es un pase natural, por qué chillan la gente, etc., etc.

Ni siquiera se nos ocurre sospechar, por esta contestación, que Marichu ignora lo que es un pase natural, ni cómo se llaman los toreros, ni por qué dice ¡ole! la gente, cuando la gente dice ¡ole!, ni por qué dicen ¡cojo!, cuando están de mal humor. Y seguimos preguntando:

—¿Qué sentimiento le inspira a usted el presidente de las corridas?

—El presidente nos ha dado un poco de lástima algunas veces, cuando le dicen cosas poco cariñosas; pero, en realidad, no lo debe pasar mal. Si la mitad de la Plaza le chilla, puede estar seguro de que la otra mitad estará de su parte, aunque sólo sea por llevar la contraria. Esto debe ser para el señor presidente un gran consuelo.

—Ahora vamos a hablar un poquito de mu-



*Yvars*

eres: de las que torear, de las que no torear, de las que van a los toros, y de las..., bueno, de las que no van a los toros no hace falta. ¿Cree usted que debe irse a los toros con mantilla y muy adornada, o que pueden usarse los mismos atavíos que para ir a ver una película psicológica o un partido de baloncesto?

—No nos gustan las señoras que van a pelo a los toros; deben ponerse una buena mantilla o un buen sombrero. Es la única manera de que podamos utilizarlas como puntos de referencia. "Mira: ahí está tu hermano. ¿No le ves? Tres filas más arriba que esa señora del turbante rojo y dos lazos azules".

—Otra cosa de mujeres todavía: ¿Le parece bien que las mujeres toreen y escriban de toros?

—No veo ningún inconveniente para que las mujeres no toreen o no escriban sobre los toros o los toreros. Todo es cuestión de gustos.

Y Marichu de la Mora termina sus opiniones acerca de los toros con la confesión de una duda verdaderamente difícil.

—De lo que no estamos seguras, después de dieciocho años de "afición", es de si preferimos ver en el ruedo a toreros feos, aunque sean buenos, o si preferimos los toreros guapos, aunque sean malos. Pero lo seguimos pensando.

Después de esta graciosa ironía, que nos deja un poco desconcertadas, a pesar de que Marichu no pone cara de tomarnos el pelo, nos despedimos de ella.

PILAR YVARS

Muy antiguo y muy moderno... Un coñac de ayer para el gusto de hoy.

VALDESPINO JEREZ

# Fracasado en su intento de torear

## en la Plaza de Madrid, lo hizo en una encerrona

# LOS DOS PRIMEROS TOROS QUE LIDIO



hicieron anteriormente sus paisanos Porciano Díaz y Vicente Segura, siendo doctorados, respectivamente, por Frascuelo y Antonio Fuentes; el primero fué consecuencia de una gran popularidad adquirida con exhibiciones del toreo a la mejicana, y el segundo, exponiendo unos cuantos miles de duros convirtiéndose en empresa con el dictado, para deslumbrar a los incautos, de «el torero millonario».

Ni el maestro Ojitos ni Rodolfo Gaona eran ricos, ni disponían de otros medios para acercarse a la Empresa madrileña que las recomendaciones, de las que hizo caso omiso el hombre de las gafas montadas en oro, cuando Saturnino de tal manera le ofreció los servicios del joven torero.

Y entonces, el maestro se decidió a abordar personalmente a don Indalecio.

### UNA SALIDA EN FALSO. — ¿RODOLFO QUÉ?

Una mañana primaveral, Ojitos se presentó en las oficinas de la Empresa, instaladas en la Puerta del Sol.

Hallábase en ellas Mosquera, acompañado de su representante, el popular sastre de toreros Manolo Retana.

Llegado el momento oportuno, Ojitos pidió al empresario una corrida para que en ella fuera doctorado su discípulo.

—¿Y quién es tu discípulo?—le preguntó Mosquera.

**N**UEVAMENTE se ha puesto sobre el tapete tauromáquico el estado de relaciones coetudas entre los toreros españoles y mejicanos.

Se han celebrado, en el Sindicato del Espectáculo, diversas reuniones, y, si no estoy mal informado, trataré de hallar una fórmula de reciprocidad sobre el número de lidiadores aztecas que han de actuar aquí y el de los españoles que en lo sucesivo han de hacerlo en Méjico.

Hago público mi ferviente deseo de que se encuentre, en el plazo más breve posible, una solución amistosa, que en nada perjudique a los lidiadores indígenas y extranjeros.

No pueden, en realidad, los mejicanos, quejarse —en Méjico también es motivo de discusiones el asunto en Madrid planteado— de no haber encontrado en nuestro suelo las máximas facilidades para presentarse ante los públicos.

Estos los acogieron con la mayor benevolencia y cariño, y las Empresas no se mostraron remisas en contratarlos.

Bríndame este hecho la oportunidad para desempolvar un suceso pitonudo, trascendental en la vida taurina del más destacado artista mejicano —cuyo lugar aún se encuentra vacío—, al que con toda veneración y respeto tratan sus compatriotas toreros.

Refiérome a Rodolfo Gaona, diestro de grata recordación, que, desamparado, se presentó en España con la gaveta vacía, muchas ilusiones en la mollera y una considerable cantidad de valor y de arte entre pecho y espalda, que le sirvieron, primero, para reducir al famoso empresario don Indalecio Mosquera, codearse artísticamente después con figuras en el toreo de gran relieve, como Ricardo Torres, Bombita; Machaquito, Vicente Pastor, Rafael el Gallo, y últimamente, resistiendo el poderoso empuje de Belmonte y Joselito, hasta el extremo de ser, como estos dos colosos, base de las más importantes combinaciones, considerándose por los más desapasionados aficionados como el más temible rival del inolvidable y siempre llorado maestro de Gelves.

No es mi propósito hacer una apología del famoso lidiador, llamado en Méjico el Califa de León, y aquí, en España, el Petronio de la torería, y sí sólo circunscribirme a la primera vez que Gaona mató en España dos toros, después de mendigar, sin resultado, su presentación en el coso madrileño últimamente derribado, hecho aquél muy a la ligera trazado por sus biógrafos, y del que yo voy a ocuparme ahora, por concurrir en él detalles y anécdotas hasta el presente momento inéditas.

### LOS PRIMEROS PASOS TAURINOS DE GAONA EN ESPAÑA

En los albores de la temporada de 1908 corrió como reguero de pólvora encendida la noticia de

Aspecto del tendido, donde se hallaba la crema de la afición de 1908. En el ruedo, el famoso picador Agujetas, conversando con un espectador

Rodolfo Gaona, después de dar una estocada al primer toro que mató en España



hallarse en Madrid el banderillero, ya retirado, Saturnino Frutos, Ojitos, muy conocido en los medios taurinos por haber pertenecido a la cuadrilla de Salvador Sánchez, Frascuelo, y ausente durante diecinueve años de la Madre Patria.

Procedía Ojitos de Méjico, y le acompañaba un joven que frisaba en los veinte años, mimbrenño, elegantemente vestido, de tez morena, simpático y expresivo, que, desconocido por los públicos españoles, al terminar el citado año, pródigo, por cierto, en acontecimientos tauromáquicos, acabó escalando las más altas cumbres de la popularidad.

Sabíase, por referencias de toreros y por noticias publicadas en los periódicos profesionales, que, años antes, Ojitos había organizado y dirigido una cuadrilla juvenil mejicana, enseñando a sus componentes las suertes más clásicas de la tauromaquia, siendo el discípulo más aventajado, Rodolfo Gaona, que en sus primeros pasos taurinos se apodaba Relampaguito, ignorando que en España ya existía, en activo, un matador de toros con igual apodo: el almeriense Julio Gómez.

El aspirante a la borla tauromáquica ya había toreado en su país con toreros españoles en las Plazas más principales, y considerando el maestro Ojitos —así se le llamaba en tierras mejicanas— que su discípulo se hallaba lo suficientemente capacitado para mayores empresas, vino con él, como antes he dicho, despertando la presencia de Gaona una viva curiosidad en los cafés donde los taurinos acostumbraban reunirse.

Pero no era aquello en tal época lo suficiente para presentarse de golpe y porrazo en los paleos, y menos en el madrileño, donde si bien es cierto lo

—El mejicano Rodolfo Gaona—le respondió con aplomo Saturnino.

—¿Rodolfo qué? ¡Yo no le he oído mentar!

Ojitos se quedó aterrado, y perplejo Retana.

Unos momentos de mutismo fueron rotos por el ex torero, repuesto de la impresión recibida.

—Bien, don Indalecio —prosiguió el afligido maestro—. ¿Y un par de novilladas, con vistas a la alternativa, si se da, como espero, bien la cosa?

—Nada, nada —repuso inalterable el empresario—. Lo siento mucho, pero no puede ser.

El maestro Ojitos casi perdió el sentido, y, tambaleándose, bajó por la escalera, como si acabaran de darle un martillazo en la cabeza.

Ya en la Plaza de la aspirante entonces a gran urbe, Ojitos pudo respirar, y, desorientado, no supo en aquel momento qué partido tomar.

Don Indalecio tenía en aquellos momentos clavada aún una espina de orden económico con motivo de la presentación y doctorado del mejicano Vicente Segura, y su compatriota Gaona pagó los vidrios rotos.

### LA ACTITUD DE MOSQUERA DEJO AL JOVEN TORERO MEJICANO APLANADO

En la casa número 1 de la calle de Jordán vivía una hermana de Ojitos.

En ella se hospedaban Gaona y su maestro, y allí esperaban el resultado de la entrevista el torero, el scribino de Saturnino, Remigio Frutos, Algeteño, y el crítico taurino Eduardo Rebollo. El Tío Campanita, íntimo del veterano ex torero, hombre chupado a la antigua, probó funcionario de Hacienda y asiduo concurrente a los templos del dios Baco.

# RODOLFO GAONA EN ESPAÑA

## Y don LUIS MAZZANTINI

### vaticinó que sería en la tauromaquia una figura señera

Petrificados se quedaron todos al conocer la actitud de Mosquera. Rodolfo se quedó aplanado, bajó la cabeza con amarga resignación y no articuló la menor palabra.

El Tío Campanita y Ojitos se levantaron de sus asientos, marchándose para cambiar impresiones y trasegar de paso unas «limpias» en una tasca inmediata.

#### BUSCANDO UNA SOLUCIÓN.—UNA IDEA FELIZ DE OJITOS

La temporada se echaba encima, y todos veían muy oscuro el horizonte.

Sin el cartel de Madrid, ¿cómo acudir en demanda de corridas a las Empresas de las Plazas provincianas?

El maestro y el discípulo carecían de los medios necesarios para imitar a Segura organizando por su cuenta una corrida en el coso madrileño.

Con la desesperación de Gaona, que ardía en deseos por darse a conocer artísticamente, pasaban los días, y ya se hacían sabrosos comentarios, en los lugares donde se reunían los taurinos, al conocer éstos el resultado de la conversación sostenida por Ojitos con Mosquera.

—¿Cuándo se torea?—preguntaban frecuentemente al torero y a su maestro, con mal disimulada ironía.

Y el efecto que les producía la «inocente» pregunta era desastroso.

Pero había que salir del atolladero donde se hallaban metidos, y tuvieron una idea. Partió ésta de Ojitos, le pareció de perlas al Tío Campanita, que había sido nombrado apoderado del diestro, y se sometió gustoso a ella Rodolfo: presentarse en una encerrona, organizada por ellos, lo más económicamente posible, y someterse así a la sanción de la crema y nata de la afición madrileña.

#### UN CORRAL CONVERTIDO EN UNIVERSIDAD TAURINA

Se eligió como teatro para la presentación del joven mejicano la placita de toros que existía en la Puerta de Hierro.

No terminada aún en Carabanchel Bajo la de Vista Alegre, el empresario que tenía en arriendo la de Tetuán se salió pidiendo por su alquiler una crecida cantidad.

Y después de lo ocurrido entre Mosquera y Ojitos, ¿quién era el guapo que se atrevía, para un día de trabajo, a pedirle la de Madrid?

En realidad, de todos los palenques citados, el primero de ellos era un corral, con una superficie irregular, en la que se habían instalado un trozo de barrera, unos burladeros y construido, con maderas, un amplio tendido.

Hallábase situado, pasada la citada Puerta, a la izquierda de ésta, y era un anexo del popular merendero de Agapo, hoy, como el circo tetuaní, totalmente desaparecido.

En aquel corral, que aun recordamos los veteranos aficionados, se celebraban de higos a brevas —a puerta cerrada, para soslayar el pago de contribuciones e impuestos— fiestas taurinas, en las que intervenían las señoritas deportistas, y era fácil trasladarse a él desde la capital, porque existía la «maquinilla de El Pardo», como así se llamaba a un tranvía de vapor que, partiendo de San Antonio de la Florida, moría en el Real Sitio.

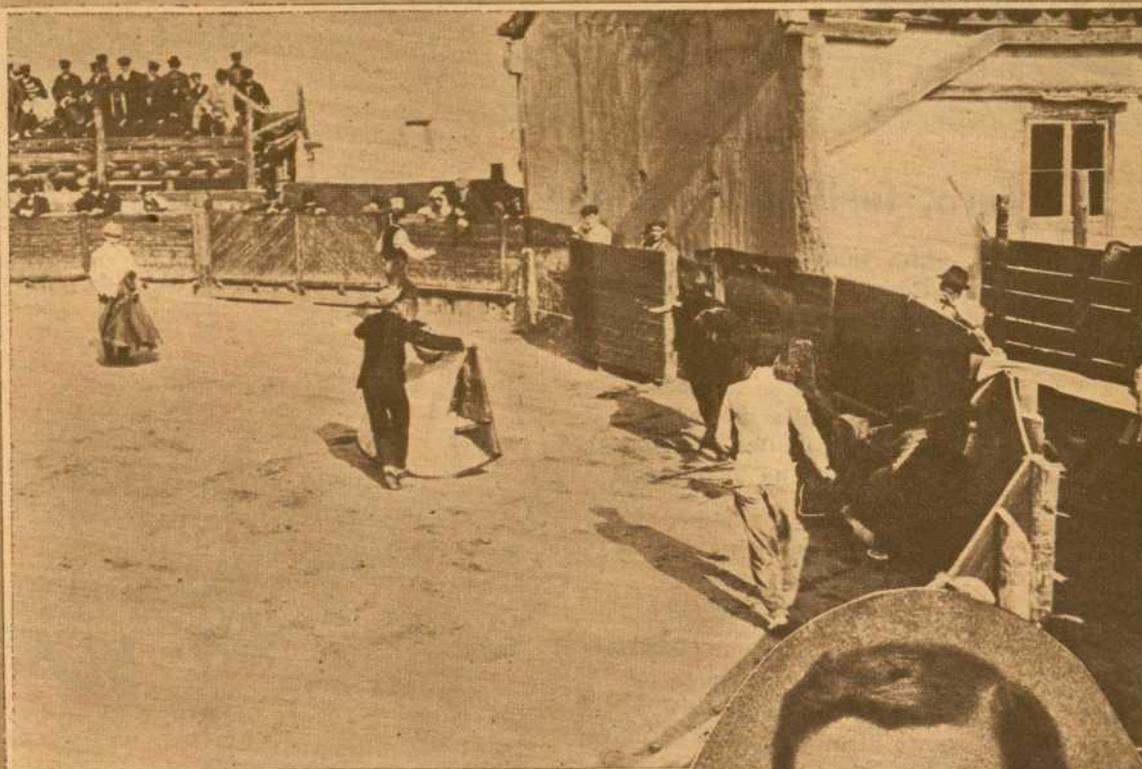
El maestro Ojitos y su sobrino, el Algeteño, compraron al ganadero colmenareño don Félix Sanz, en la «respetable» cantidad de mil quinientas pesetas, dos reses cuatrefías y no exentas de madera en sus testas, y El Tío Campanita se encargó de hacer llegar unas sencillas y atentas invitaciones a los más significados aficionados, a los críticos de los diarios y de los periódicos profesionales y a los toreros que se hallaban en la Certe, haciéndolo personalmente con el ya retirado matador de toros don Luis Mazzantini, incrustado en la política de aquellos tiempos.

Y en la tarde del miércoles, 1 de abril, el corral taurínico del merendero de Agapo se convirtió, circunstancialmente, en Universidad del toro!

#### EL EXAMEN Y LAS NOTAS OBTENIDAS POR EL EXAMINANDO

Una hora antes de empezar la lidia, ya estaban ocupadas todas la localidades.

Allí estaban los ex matadores de toros don Luis Mazzantini, Paco Frascuelo y Valentín Martín, Juan Sal, Saleri; Vicente Pastor, Tomás Alarcón, Mazzantinito; Manuel Rodríguez, Manolete —padre del actual matador—, y Julio Gómez, Relampaguito.



Una caída de Pajero, durante la lidia del primer toro, y Gaona al quite

Los entonces novilleros Punteret, Segurita, Montes y otros diestros retirados.

Casi todos los revisteros taurinos; entre éstos, Eduardo Muñoz, N. N., de «El Imparcial»; Manuel Serrano García-Vao, Dulzuras, de «El Mundo»; Víctor Ruiz Albéniz, Don Sincero, del «Diario Universal»; José Trabado, Don Silverio, de «A B C», y Fernando Gillis, Claridades, de «España Nueva».

Apoderados, ganaderos, aficionados de viso, contratistas de caballos y empresarios, desde Pedro Niembro hasta el de la Plaza de Tetuán, brillando por su ausencia el célebre Mosquera.

¡Con un publicito así, el joven y desconocido torero tenía que echar toda la carne en el asador!

Presidió la encerrona el aficionado Antonio Sáez, popular industrial zapatero, que en materia taurina era una indiscutible autoridad, acompañado de los ex banderilleros Eugenio López, Zoca, y Bernardo Hierro, actuando, además de un reserva, como picadores, Perico el Ronco y Pajero, y de banderilleros, Zurini, Platerito de Córdoba, Algeteño y el hijo del varilarguero Manuel Martínez, Agujetas.

Lidiáronse dos toros, uno negro y otro berrendo, bien armados, tomando el primero cuatro puyazos, y cinco, el segundo, matando éste dos caballos.

¿Triunfó apoteósicamente con ellos Rodolfo Gaona?

Los toros, mansurroneos y broncos, no permitieron al examinando lucir todo el vasto repertorio de que meses después hizo alarde; pero los mató a volapié, ejecutando admirablemente la suerte, de dos estocadas, escuchando cálidas ovaciones.

«En ambos —decía N. N. al siguiente día en «El Imparcial»— demostró tranquilidad, valor, conocimiento del toro, destreza y una habilidad tal al arrancar a matar, que le aseguran un porvenir de aplauso y de dinero en esta profesión. El voto del selecto y entendido público fué totalmente favorable.»

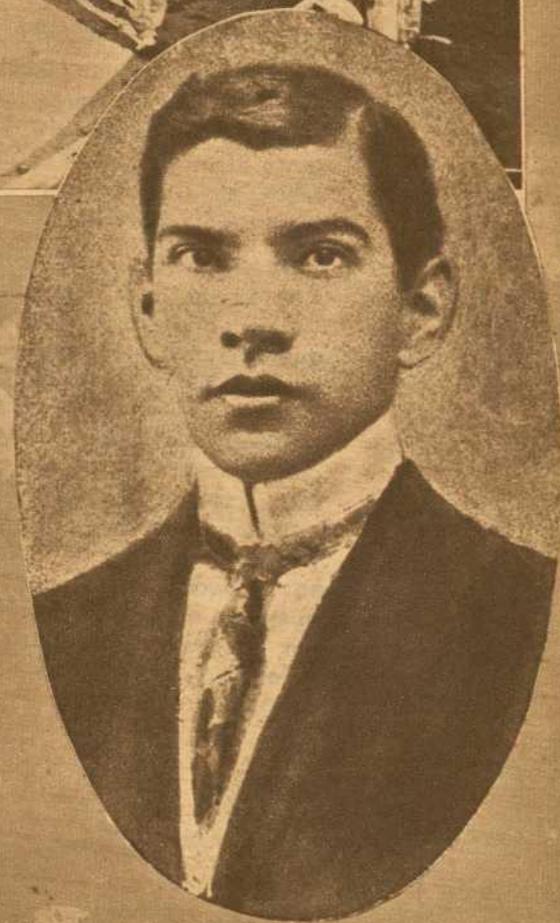
Y ésta fué también la opinión de todos los asistentes a la encerrona.

Aquella noche, el nombre de Rodolfo Gaona corrió de boca en boca en todos los lugares taurinos de la capital, haciéndose del joven mejicano los más calurosos elogios.

El maestro Ojitos, su sobrino, Algeteño, y El Tío Campanita, se retiraron aquel día a sus respectivas moradas más alegres que unas castañuelas.

#### UNA PROFECIA DE MAZZANTINI, CONFIRMADA POR EL TIEMPO

Al terminarse el examen tauromáquico, don Luis Mazzantini, a quien Rodolfo había brindado la muerte del segundo toro, fué abordado por algunos críticos y aficionados:



Gaona, en España, el 1908. Con «tirilla» y corbata, detalles que debieron de agradar a Mazzantini

—Don Luis —le preguntó el revistero de «A B C», ¿qué impresión le ha producido este muchacho?

—¡Magnífica! —le contestó el famoso torero—. Nos hallamos en presencia de un diestro de gran porvenir.

En algunos momentos —continuó— me ha recordado la elegancia de Lagartijo; en otros, la finura de Fuentes, y sobre todo, una vista y una tranquilidad para dejar llegar al toro a la jurisdicción del torero, que me ha dejado sorprendido.

De los lidiadores que conozco de Méjico —terminó diciendo—, éste es el mejor, y si le cuidan dándole toros bravos y éstos le respetan, se colocará rápidamente entre lo mejores, siendo difícil que de aquel país pueda salir otro que le supere.

Rodolfo Gaona ha sido, de todos los mejicanos que hasta el momento actual han llegado a España, el que tropezó con mayores obstáculos para presentarse en la Plaza de Toros de Madrid, y con la acción del tiempo, poniendo en el empeño toda su voluntad y todo su arte, no puso en ridículo al famoso torero de Elgóibar al hacer público aquel vaticinio.

**DON JUSTO**

# Fiesta de toros en el aire

## Toro, torillo del tiempo

Aire taurino del cielo,  
el tiempo, el toro más bravo,  
corre por el firmamento  
eternamente, pasando...

Pero el sol es un torero  
con chaquetilla de rayos  
que a las estrellas deslumbra  
y a la noche ha desvelado.

Sale luego el tiempo, sale  
—toro, torillo el más bravo—  
saltándose las barreras  
de recuerdos del pasado.

La mañana es una suerte;  
finos capotes de garbo  
burlan y llevan al toro  
junto al picador, que es clavo,  
saeta, puya que marca  
el mediodía dorado.

Ya el toro tiene un derribo  
y están las doce sonando  
—dale banderillas, dale—,  
que la tarde está llegando  
y el sol tiene majestad  
y tiene pasitos blandos  
junto al tiempo, que le sigue  
por horizontes lejanos.  
Allí el torero le clava  
su estoque de luz en lo alto,  
y el toro rueda y se cae  
en la noche derribado,  
mientras se marcha el torero  
por ruedas de meridianos  
a recoger los aplausos  
de faenas consagrado.

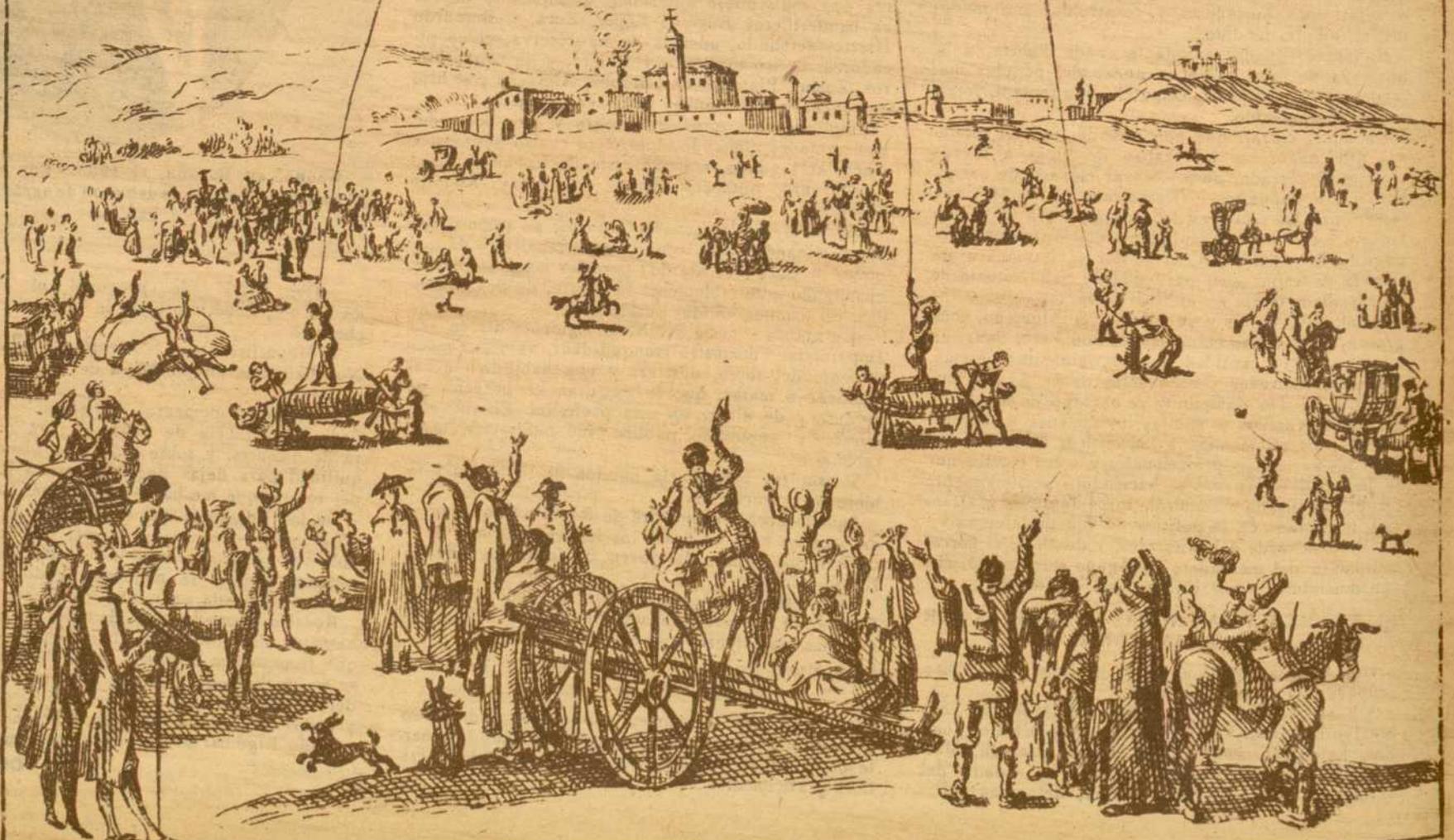
A veces viene la luna,  
manola de velos blancos;  
blondas de nube que tapan  
su cara de fino espanto,  
si la tarde se desangra  
por la cogida del astro...

No nos extrañe la estampa  
ni su peregrino encanto,  
copia el de Isidro Carrillo  
cuando imprimió este grabado  
en el siglo dieciocho  
y en su año ochenta y cuatro.

Tuvo gracia, y aun la tiene,  
y sabroso desenfado:  
¡A los Montgolfier, franceses,  
los convirtió en torerazos!

Que tuvo fina sonrisa  
rizada de vuelos altos  
lo están diciendo esos toros  
que anillan transfigurando  
al redondel de la Plaza  
en cielo de azules anchos  
y hacen del día corrida  
que va del alba al ocaso  
y al tiempo: toro del aire  
que viene siempre bramando  
y en tientas del porvenir  
afia sus cuernos largos.

A. MACIA SERRANO



**Por primera vez alternaron en Méjico, Garza y Manolete. - El Andaluz ha formado su cuadrilla para la próxima temporada. - Silverio cortó oreja en Méjico, y Ortega y Ricardo Torres fueron ovacionados. Una oreja para Armillita en Orizaba, y gran tarde de Manolete**



Lorenzo Garza

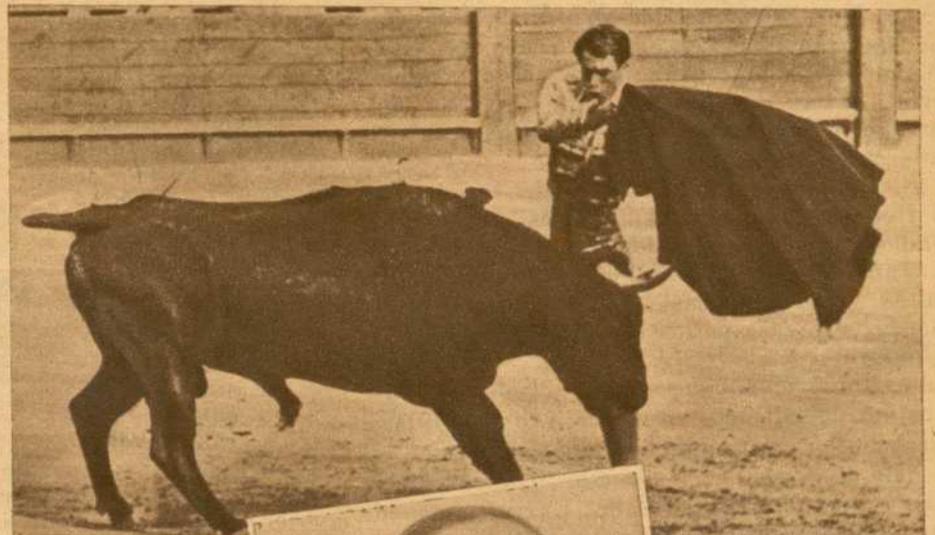


El Andaluz

**E**N Irapuato (Méjico) se celebró el pasado jueves una corrida de toros, en la que por primera vez alternaban Garza y Manolete. Completaba el cartel el veterano Luciano Contreras. El ganado resultó desigual. Excepto los dos últimos toros, que tuvieron dificultades que vencer, las reses fueron manejables. Luciano Contreras estuvo mal. Lanceó vulgarmente a su primero, y en el último tercio sólo se preocupó de buscar que el bicho juntara las manos. Mató de media estocada. (Algunas palmas.) Su segundo estaba reparado de la vista. Contreras muleteó brevemente y mató de varios pinchazos malos. (Pitos.) La actuación de Lorenzo Garza fué desigual. A su primero le hizo faena distanciada, con gran lujo de precauciones, y lo mató de dos pinchazos, media contraria y el descabello

al segundo intento. (Oyó un aviso.) A su segundo lo toreó muy bien con la capa. En este toro, cuando estaba haciendo un quite a Manolete, Garza le pidió que abreviara. El público abucheó al torero mejicano y éste se encaró con los que le gritaban. Intentó toroar al natural con la muleta; pero como el toro no se arrancaba, cambió de mano y dió unos derechazos muy bien ejecutados. Garza volvió en esta faena a ser "Lorenzo el Magnífico" y entusiasmó a los espectadores. Mató de una estocada honda y cortó oreja y rabo. Manolete toreó colosalmente con la capa a su primero. Inició la faena, que brindó al público, con tres ayudados por alto. Siguió con la derecha y con la izquierda, y después de dar tres manoleínas, se arrodilló en la cara del toro. Pinchó en hueso y mató de una, buena. (Ovación y petición de oreja.) Su segundo toro llegó mansurrón al último tercio. Manolete dió tres muletazos

He aquí a Procuna, otro de los ases mejicanos aun desconocido en España. En esta fotografía, que remite la International News Photo, aparece el diestro en una de las últimas corridas celebradas en Lima. Nos da la sensación de que a la salida de ese pase ayudado va a salir un poco comprometido. Quizá el toro no sea precisamente «el Barbas»; pero de cualquier manera, el torero, no con demasiada estética, está cerca



por alto, tres naturales, dos derechazos y dos ayudados por bajo. Un pinchazo. Cuatro muletazos más y media estocada. (Ovación.)

—Durante la madrugada del sábado falleció en Madrid el ganadero don José Enrique Calderón, que poseía una parte de la ganadería de Veragua. Descanse en paz.

—En la finca que en Villavieja de Yeltes posee el ganadero don Mateo Tabernero, se tentaron cuarenta vacas, que dieron gran juego. Dirigieron las faenas los novilleros Paco Agudo y Francisco Parra. Los dos diestros torearon mucho y bien y fueron felicitados por los asistentes a la fiesta.

—En el número 6 de la calle de Lope de Vega se inauguró el domicilio social de la entidad benéfica "Mutua de Previsión de los Toreros Cómicos".

—El Andaluz ha formado la cuadrilla que actuará con él la próxima temporada. Llevará a los pleadores Mufiz y Juan Avia y a los banderilleros Alpargaterito, Gabriel González y José Alvarez.

—El pasado domingo se celebró en la Monumental, de Méjico, la tercera corrida de la temporada. Se lidiaron seis toros de Matancillas. La entrada no pasó de regular en los tendidos numerados y fué buena en las localidades sin numerar. Las reses fueron manejables. Domingo Ortega sujetó bien con el capote al primero y toreó superiormente a la verónica. Hizo magnífica faena al huído toro y sus muletazos por bajo fueron todos ovacionados. Mató de una buena estocada. (Ovación y vuelta.) A su segundo le hizo reposada faena, con muletazos muy buenos, y lo mató bien. (Ovación.) Silverio Pérez no hizo nada saliente con el capote en su primero. La faena fué desigual, y aunque en ella hubo algunos muletazos buenos, no logró hacerse aplaudir. Mató de media algo caída. En su segundo estuvo mal con el capote y oyó protestas. Con la muleta hizo faena superior, a base de derechazos, ayudados por alto, manoleínas, molinetes, de pecho y adornos, para ter-



El ganadero de Sevilla, don José Enrique Calderón, que murió repentinamente en Madrid cuando hablaba por teléfono con su familia

minar con una buena estocada. (Ovación y oreja.) Ricardo Torres logró hacerse aplaudir con calor en sus dos toros. A su primero lo toreó muy bien con el capote. Clavó tres prodigiosos pares al cuarteo, y, a base de la mano derecha, hizo faena muy vistosa y torera. Mató de una gran estocada. (Ovación, vuelta y petición de oreja.) Volvió a hacerse aplaudir en el primer tercio de su segundo toro. Clavó tres magníficos pares de banderillas, y, a petición del público, un cuarto, colosal. La faena de muleta, muy torera y vistosa, fué hecha metido entre los cuernos. Mató de una estocada buena. (Ovación y vuelta.)

—En Orizaba se lidiaron toros de La Punta. Armillita dió al primero unas buenas verónicas. En quites, destacó el de Manolete. Armillita hizo faena vulgar y mató de dos pinchazos y media estocada. A su segundo lo banderilleó bien. Con la muleta tendió a quitar poder al toro y dió algunos muletazos efectistas. Mató de una estocada y el descabello al primer intento. (Ovación, oreja y vuelta.) Luciano Contreras no hizo nada saliente con el capote a su primero. En el tercio de quites hubo uno de Manolete y otro de Armillita que fueron aplaudidos. Luego, Luciano se lució también. Con la muleta hizo Contreras faena lucida, que remató con una estocada caída y el descabello. En su segundo hizo faena vulgar, para una, defectuosa, y el descabello. Manolete toreó muy bien con la capa a su primero. Inició la faena con dos ayudados por alto, perfectos; siguió por naturales, y, en vista de que el toro estaba muy aplomado, después de algunos adornos, mató de media estocada. (Ovación.) Al último lo toreó bien con el capote. Comenzó la faena con cuatro muletazos por alto, sin enmendarse. Dió varios derechazos muy buenos, y, a continuación, seis naturales prodigiosos. Siguió con la derecha, y, después de varios en redondo, dió manoleínas y molinetes que entusiasmaron al público. Un pinchazo y una estocada. (Ovación, vuelta y petición de oreja.)

—La Magistratura del Trabajo, de Zaragoza, ha condenado a la Empresa de la Plaza de Toros al pago de 68.000 pesetas, que serán satisfechas a Julián Marín, al que no se le cumplió un contrato.

—Llegó a Nueva York, de paso para Méjico, el rejoneador español Alvaro Domecq.— **B. B.**

**BLENOCOL**  
Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



# ¡ASI ERAN LOS TOREROS DE MI TIEMPO!...

**E**RA el 25 de diciembre de 1910. Primer día de Navidad y en Valencia.

En la Plaza de Toros se celebraban, como era tradicional en aquella época, las típicas mojigangas, con vaquillas y toros embolados, de las que habían salido figuras del toreo como Salvador Sánchez (Frascuero) y Luis Mazzantini...

En los carteles anunciadores del espectáculo figuraban las tan aplaudidas mojigangas "Indios bravos y pegadores", "Todos somos D. Tancredos", "El hombre de Hierba", "El Sultán y las odaliscas", "El Marqués de Carabaca o la casa de los locos" y "El médico y el enfermo".

Los toros embolados serían picados en burros y banderilleados en cestos, y las vaquillas, parcheadas a estilo de la Camarga francesa. De jefe de cuadrillas, o director artístico, figuraba el popular Miguel Sales, Garrufo, siendo sus ayudantes El Cojo Mascota y El Rullet del Grao, dos toreros de pueblo, que les hacían horrores a los "marrajos" y vacas en las plazas pueblerinas de la región valenciana.

El ganado era de la "radera" de "Visantet el del Puig", ganadero famoso y obligado en las capeas de todo Levante, y entre sus bichos figuraban las tristemente célebres vacas La Curra, nombre que le venía por tener un cuerno roto; La Pinta y La Careta, reses que tenían un historial de cogidas, y los toros Droguero y Relojero, dos renombrados "pajarra-cos" con ocho años y descomunales pitones, y que tenían sobre sí varias muertes de aficionadillos, especialmente este último, que era, como diríamos ahora, la "bomba atómica" de las capeas, pues cuando salía a los ruedos se acababan los valientes y los borrachos...

Aquella mañana del primer día de Navidad, en el patio de caballos del tauródromo valenciano, los notabilísimos banderilleros Enrique Belenguer, Blanquet, perteneciente a la cuadrilla de Rafael González, Machaquito, y Emilio Moreno, Morenito de Valencia, a la de Vicente Pastor, tuvieron una discusión, que degeneró más tarde en una apuesta con "Visantet el del Puig", dueño de los toros que se iban

a torear por la tarde en las mojigangas, y en una de ellas el "terrible" bicho Relojero salía al ruedo.

Dicho "gallumbó" hacía unos días había herido de muerte en Catarroja, pueblo cercano a Valencia, a un hermano del novillero de la "terreta" Emilio Gabarda, Gabardito.

La apuesta o desafío consistía en que el ganadero sustentaba el criterio de que ninguno de los famosos rehileteros le colocaba al toro Relojero, a pesar de salir embolado, ni una sola banderilla, y aquéllos, que se cansarían de ponerle pares de palos a la criminal res.

Total, después de larga discusión, la apuesta quedó en pie, y la cifra que se jugaban era de mil pesetas.

Por la tarde, a pesar de la festividad familiar del día y de la hora de empezar el espectáculo, a las tres, los tendidos de la Plaza se vieron muy concurridos, y no por el público habitual a estos festejos, sino por lo más "granado" de la afición, que se había enterado de la apuesta de Blanquet y Morenito con "Visantet el del Puig".

La última mojiganga era "El médico y el enfermo", y en ella se toreaba el bicho motivo de la apuesta. Mucho antes de salir al ruedo esta res, Blanquet llamó aparte a Pepet, el encargado de los corrales de la Plaza, y le dijo:

—Ché, Pepet, cuando vayas a embolar al Relojero, déjale casi sueltas las correas, para que, al dar algún golpe, se le caigan... ¿Me entiendes...?

Y así lo hizo Pepet...

La mojiganga representaba lo siguiente: Un supuesto enfermo es operado por su médico sobre un catre de tijera. Presencian la operación los enfermos y familiares. Todo esto ante la puerta del toril, y cuando se está en lo más interesante del trabajo del cirujano, que ha extraído del voluminoso vientre del paciente varios objetos, como paraguas, cuerdas, relojes despertadores, etc., etc., se suelta al toro, y aquello es el terremoto de la Martinica. El enfermo vuela por los aires, en unión de la cama y algunos del grupo...

Y exactamente ocurrió cuando pisó la arena Relojero. De la acometida no quedó nadie en pie, y las bolas, del golpe, se desprendieron de los cuernos, y el espanto se apoderó de los "mojigangueros".

En este momento se arrojaron al ruedo Blanquet y Morenito de Valencia. Se quitaron las americanas, y con la venia de la presidencia, que lo era el inspector de policía Salvador Arnáu, se dispusieron a banderillar al "pajarra-có", que en medio del ruedo, encampanado, desafiaba a los dos intrusos...

Salió por delante Blanquet, arrancándosele el bicho velozmente, como seguro de hacer carne, y el gran rehiletero le clavó en todo lo alto un colosal par. Siguió Morenito con otro de poder a poder, superiorísimo. El primero



Merenito de Valencia



Blanquet

le puso otro par al sesgo, estupendo, y terminó Emilio, aprovechando el viaje, con uno monumental.

Los aficionados, entre los cuales se encontraba el que esto escribe, puestos en pie, llenos de entusiasmo, aclamaron a los formidables banderilleros valencianos, que, picados de su afición y pundonor profesional, se habían expuesto a ser víctimas de aquel criminal astado, que tan negro historial tenía y que sabía más que Merlín...

La rechifla que le dieron a "Visantet el del Puig" fué de las que pasan a la historia, y la fama de Relojero se vino al suelo...

Aquella noche, las mil pesetas ganadas en la apuesta por Blanquet y Morenito de Valencia fueron entregadas a la madre de la última víctima de Relojero.

Así eran los toreros de mi tiempo...

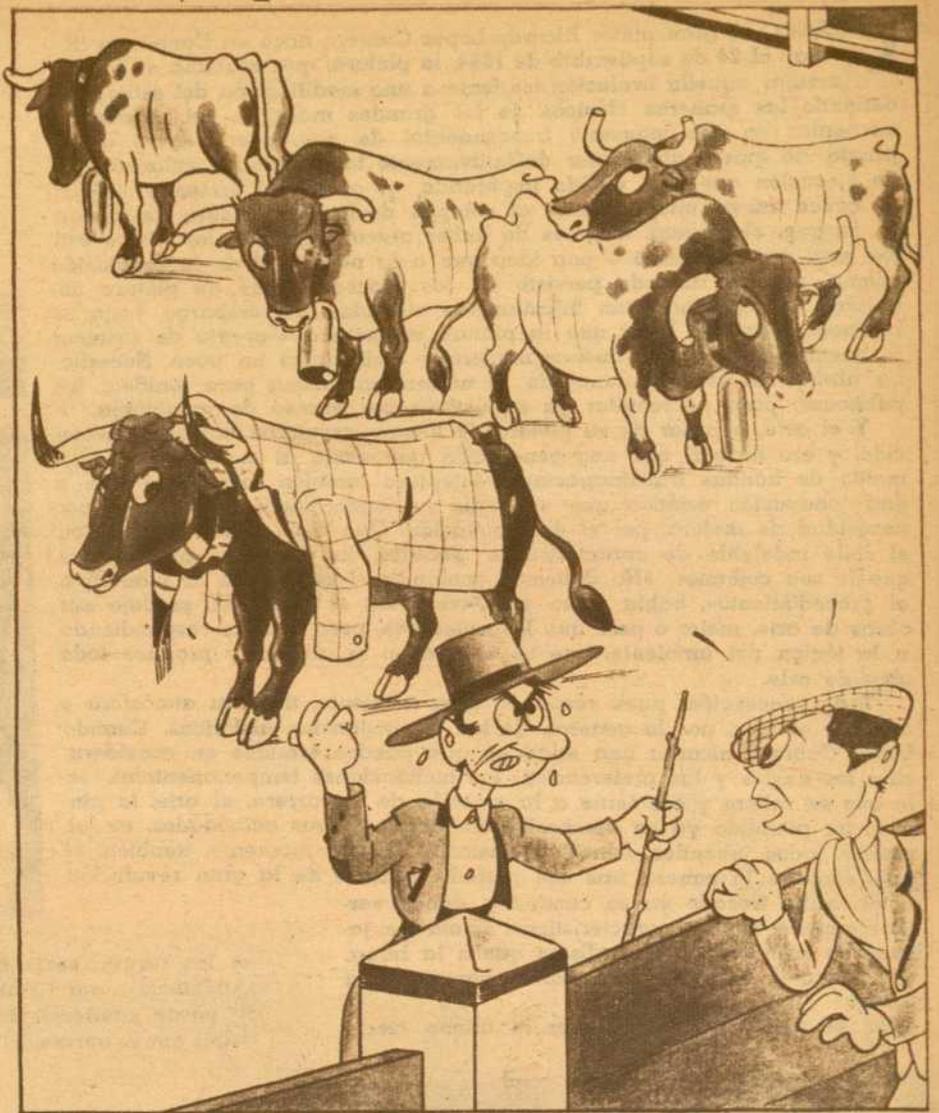
MANUEL SOTO LLUCH





## BONDAD

—Sí, me dió pena matarlo, y he preferido traerlo para casa...



## MANSOS

—¡Ahí «tiés»...! ¡«Pa» que «saluego» diga el mayoral que no sé arropar a los toros...!



## TOREROS

—Ahí va Cayetano, El Golpazos. Fué un gran picador...  
—Ya ves, y ahora, de mono...



## ERROR

—¡¡No, hombre, no...!!! ¡Lo que tenías que soltar eran los cabestros...!!

**C**UANDO el gran pintor Ricardo López Cabrera nace en Cantillana (Sevilla), el 24 de septiembre de 1884, la pintura, que acababa de experimentar aquella evolución tendente a una modificación del estilo, desdiciendo las maneras clásicas de los grandes maestros del pasado, se encuentra en ese momento trascendental de que, poco seguro de su triunfo, no quiere abandonar definitivamente las bondades colorísticas y de ejecución que han venido imperando, y, a la vez, pretende señalar un cauce nuevo, más o menos al compás de las evoluciones del instante. Porque, claro está, después de haber atacado tanto a los viejos estilos, más por servilismo a una idea que a la necesidad de la revolución misma, parecía absurdo persistir en los procedimientos de pintura anteriores, a todas luces tan injustamente atacados. Sin embargo, justo es reconocer por otro lado que la pintura necesitaba —aparte de sostener la buena técnica y las buenas maneras— oxigenarse un poco. Necesitaba abrirse al gran ventanal de la naturaleza misma para tonificar los pulmones, para no resultar ya angustiosa por exceso de monotonía.

Y el arte, a pesar de su plétora de lirismo, resultaba fatigoso, envejecido, y era natural que una generación que venía al mundo en un momento de hondas transformaciones intentara también someter al arte a una innovación estética que se venía haciendo precisa, más que por necesidad de mejora, por el de renovación. Que cada época marca, con el sello indeleble de características globales, los gestos y preferencias que le son comunes. «No debemos confundir el estilo, con la manera o el procedimiento», había dicho ya David. Así, el siglo XIX produjo sus obras de arte, mejor o peor que los anteriores, pero siempre respondiendo a la tónica del ambiente, que es el que en sí alienta y produce toda obra de arte.

Toda concepción, pues, responde a su momento, tiene su atmósfera o clima y es hija, por lo general, de las circunstancias históricas. Cuando López Cabrera alcanza una edad en que pueden tomarse en consideración los gustos y las preferencias, las inclinaciones temperamentales, en lo que se refiere y concierne a la elección de la carrera, el arte, la pintura, ha prendido ya en sus ansias creadoras, en sus actividades, en los sueños, todos juveniles, llenos de ilusiones. En ese momento, también, el arte, sentada la cabeza tras ese período eufórico de la gran revolución pictórica, ha trazado ya su camino y, dando verdaderamente nuevas características, sienta los jalones de un futuro vanguardismo que a la larga, a la larga, sí, ha de revolucionar bárbaramente la pintura.

Por el momento —estamos en el último tercio



«A los toros» (parte central del tríptico de «Andalucía»), por Ricardo López Cabrera. En él puede admirarse la luminosidad característica que es norma del ilustre pintor sevillano

mentario o reseña periodística, a abrumar con detalles biográficos que, en realidad, en vida el pintor innecesarios. Lo que interesa es su productor y su nombre en todos los diccionarios, resolución artística, y esa sí que queremos destacar y señalar celebrando sus méritos. Porque la obra, aun no finiquita, de López Cabrera, que oficialmente se inicia con «El cuento del abuelo» (Tercera Medalla de la Exposición Nacional de Madrid de 1892), culmina con la enorme, con la grandiosa serie «Las regiones españolas», compuesta de cuarenta y cinco cuadros, que habían de señalar las excelencias de una pintura, hija de un cerebro maestro.

Colorido, técnica y composición, puestas al servicio de la más floreciente idea, habían de producir una de las obras pictóricas de más envergadura de los últimos tiempos. Se inicia al regreso del pintor de la Argentina, donde ha vivido a expensas de su arte durante catorce años. Cinco tarda López Cabrera en ver concluida su obra. La inicia en el estío de 1923, y da la última pincelada en los comienzos de 1928. Andalucía, Aragón, Asturias, Baleares, Canarias, Castilla la Nueva, Castilla la Vieja, Cataluña, Extremadura, Galicia, León, Murcia, Navarra, Valencia y Vasconia forman el conjunto de esta obra netamente española.

López Cabrera, siendo un pintor localista para cada una de las provincias o regiones españolas, es, a la vez, por suma de valores, uno de los mejores pintores de España. Dos obras de esa serie queremos comentar: «A los toros» y «Antes de la corrida», que forman, con «Pelando la pava», el tríptico «Andalucía».

En el primero de los cuadros citados, en el que se admira concomitancias sorollescas, vibra y emociona la españolidad del tema. Allí el autor —sombrero gris de ancha y andaluza ala— deja la huella de su autorretrato, mientras tres castizas sevillanas, iluminadas por un sol cegador, van en simón descubierta camino de la Plaza. En «Antes de la corrida», el torero, quizá el héroe de la tarde, se viste y arregla su traje de luces. Un chavallito, tal vez su hermano, le ayuda, mientras la abuela, amor y misticismo, deja pasar las cuentas del viejo rosario, y llena de fe musita Ave-marias.

Magnífica, colosal obra la de López Cabrera, digna por tantos conceptos de ser extensamente comentada

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

## EL ARTE Y LOS TOROS

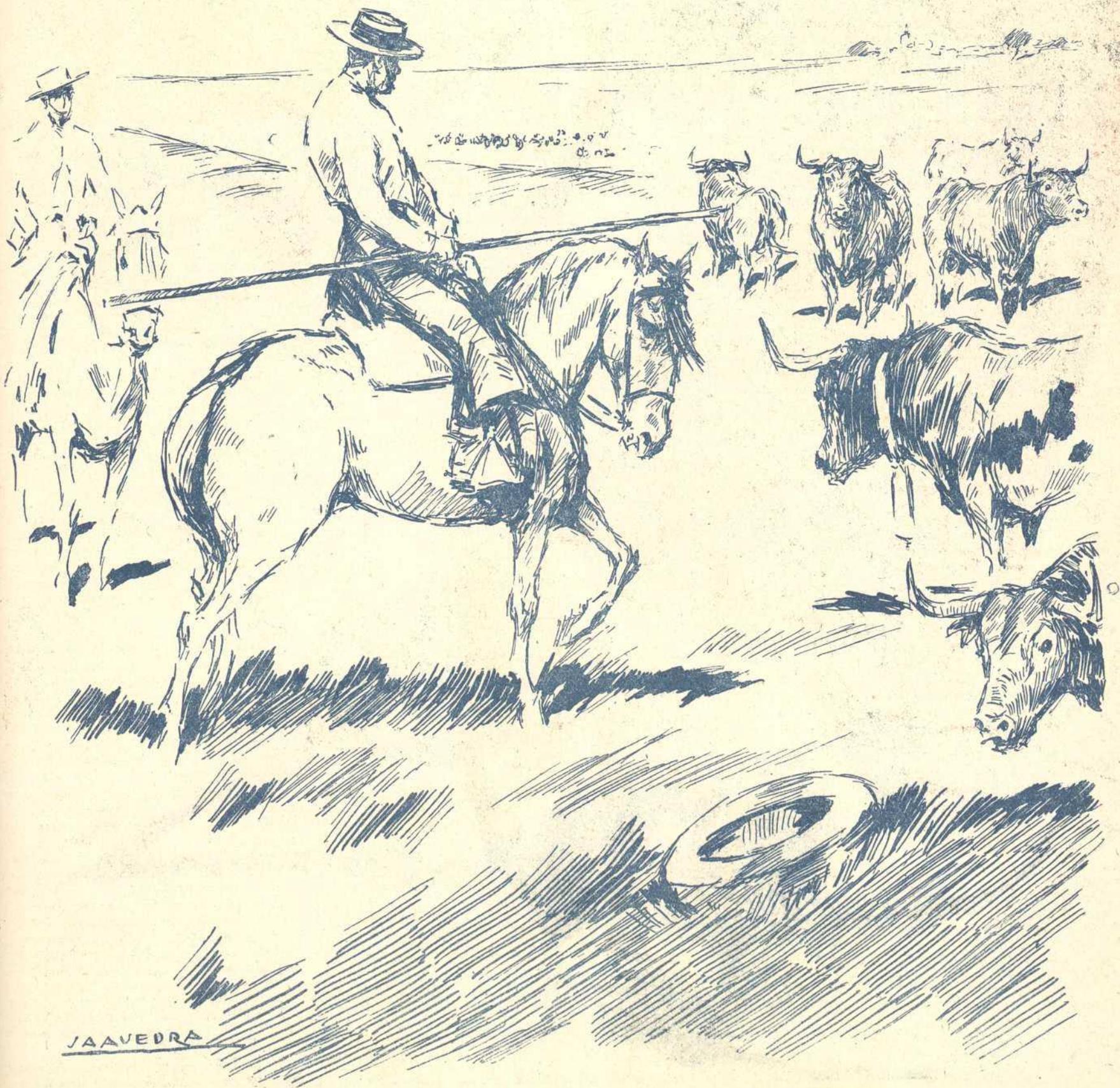
# El españolismo en la obra pictórica de LOPEZ CABRERA

del siglo XIX—, la pintura sigue siendo clásica, sigue esclava a unas enseñanzas que han de surtir su efecto todavía durante algún tiempo. Ricardo López Cabrera, que ya manifiesta y consolida su inclinación, su preferencia y su capacidad nativa para la pintura, estudia y se perfecciona en la hispalense Escuela de Bellas Artes, recibiendo sus primeras lecciones de don Eduardo Cano. El gran Jiménez Aranda es, más tarde, su maestro, y cuando el lápiz y el pincel, en perfecta armonía creadora, alcanzan la plenitud y logran la independencia y el gobierno de sí mismo, la Diputación de Sevilla le concede una pensión para perfeccionarse en Roma. ¡Gran momento para López Cabrera, gran momento para su arte, que aspira a acercarse a los ricos manantiales donde saciaron su sed artística los más grandes cultivadores de la pintura y de la escultura de todos los tiempos!

Tiene López Cabrera veintitrés años cuando pisa por vez primera las calles históricas y las ampulosas vías de la antigua Roma. Cerca de cinco años —1887 a 1892— reside en la flameante y esplendorosa capital de Italia. Cinco años que han hecho cuajar en sus pupilas los ricos tornasoles y luminarias que, al hermanarse con las deslumbradoras irisaciones de la Andalucía nativa, habían de dar como fruto la esplendidez y la abundancia colorística de su paleta ricamente alhajada. Cuando en 1892 llega a España y se instala en Sevilla, sus obras empiezan a figurar en todos los grandes certámenes nacionales y a obtener premios, medallas y distinciones. Pero no vamos aquí, en este breve co-



«Antes de la corrida». Cuadro de Ricardo López Cabrera, lleno de sabor local, de irreprochable técnica y bello colorido, que acreditan su perfección maestra



JAAVEDRA

Apartando una corrida



ENRIQUE  
SERRA

¡Sin puntilla!